

*C. Escalante*

VICENTE SAENZ

# ESPAÑA

EN SUS GLORIOSAS JORNADAS  
DE JULIO Y AGOSTO  
DE 1936

Reproducción de 18 artículos y de 2 discursos del autor, bajo los auspicios del PARTIDO SOCIALISTA COSTARRICENSE, el PARTIDO SOCIALISTA DE PANAMÁ, el PARTIDO REVOLUCIONARIO PUERTORRIQUEÑO, el CENTRO SOCIALISTA GERMINAL, el COMITÉ PANAMEÑO DE AMIGOS DE LA DEMOCRACIA ESPAÑOLA y la SECCIÓN CENTROAMERICANA DE LA ALIANZA DE INTELLECTUALES ANTIFASCISTAS EN DEFENSA DE LA CULTURA.



IMPRENTA "LA TRIBUNA"  
SAN JOSE, COSTA RICA

1936

VICENTE SAENZ

# ESPAÑA

EN SUS GLORIOSAS JORNADAS  
DE JULIO Y AGOSTO  
DE 1936

Reproducción de 18 artículos y de 2 discursos del autor, bajo los auspicios del PARTIDO SOCIALISTA COSTARRICENSE, el PARTIDO SOCIALISTA DE PANAMÁ, el PARTIDO REVOLUCIONARIO PUERTORRIQUEÑO, el CENTRO SOCIALISTA GERMINAL, el COMITÉ PANAMEÑO DE AMIGOS DE LA DEMOCRACIA ESPAÑOLA y la SECCIÓN CENTROAMERICANA DE LA ALIANZA DE INTELLECTUALES ANTIFASCISTAS EN DEFENSA DE LA CULTURA.

Esta obra es propiedad del  
SIBDI - UCR

IMPRESA "LA TRIBUNA"  
SAN JOSE, COSTA RICA  
1936





## España en sus gloriosas jornadas de julio y agosto de 1936

*(Serie de 18 artículos publicados en el diario La Hora, San José, Costa Rica. Acogidos para su reproducción en 22 periódicos hispanoamericanos y en las más importantes publicaciones y radiodifusoras de la Agencia "Columbus".)*

A boca de jarro, abriendo todavía equipajes, me pide don José Marín Cañas, Director de *La Hora*, una serie de artículos sobre las siete semanas de revolución que viví en Madrid. Pero han de ser—agrega el compañero—sobre la marcha, porque los lectores los esperan ansiosamente.

Mis impresiones, pues. Frases en las cuales llegue a sentirse el tronar de los cañones, el tableteo de las ametralladoras, el zumbido de los aeroplanos, el estruendo de las explosiones; y en las que cada palabra sea el eco de una protesta, de un grito de dolor, de un lamento de los heridos que se desangran en las ambulancias o sobre el pavimento calcinado de las calles.

Se desea, entonces, que narre yo lo que vieron mis ojos y oyeron mis oídos en aquellos días trágicos de julio y agosto de 1936, que llenarán páginas enteras de la historia de España. De la España viviente, sufrida y heroica, que con los puños en alto defiende sus derechos a costa de la vida. De este material humano español, tanto o más interesante que las iglesias, el Escorial y los alcázares.

Aquéllo, el dolor y la batalla hasta la muerte por mejorar la vida, es el presente que se plasma en porvenir. Y los monumentos, las reliquias históricas, los museos, los castillos, sólo constituyen el pasado de la gran matriz española de civilización y de cultura.

¡Esa gran matriz sangrante que con sentido humano, de alta humanidad, quiere hoy producir hombres en lugar de catedrales!

Difícil será que pueda, quitando el pie de un estribo para ponerlo en otro; con graves cuidados de familia por enfermedad de mi más pequeña hija, a quien por segunda vez debe operarse; teniendo, además, que preparar urgentemente un número doble de *LIBERACIÓN*, complacer al Director del popular periódico vespertino en todos los puntos que él desea. Pero van, por lo menos, a grandes rasgos y en forma sintética, las primeras cuartillas sobre la realidad española que he vivido y sentido intensamente, desde el momento en que sin dificultad alguna pude desembarcar en Santander.

### Primeras impresiones

8 de julio de 1936. Ya estoy en España. Un mozo de boina, alto, fornido, tostado por el sol y el viento del Cantábrico, me ayuda en la aduana y lleva mis valijas a un automóvil previamente contratado por él mismo.



En el trayecto me habla del viaje de Alcalá Zamora, a quien acabamos de ver en el muelle con sus familiares. Van todos ellos hacia el norte de Europa, en el vapor alemán en que yo vine. «Todo esto es misterioso—exclama—. La situación se hace cada día más grave».

Le pido consejo sobre hoteles que no sean de alta tarifa. Llegamos a uno que él conoce. Discute con la administradora. Se fija el precio: «Un precio razonable porque es hispanoamericano, de una tierra que se llama Costa Rica, en la que han hecho fortuna varios santanderinos». Al liquidar con mi amable guía y consejero de una hora, se encoge de hombros: «Lo que usted quiera. ¡Qué más da!».

Rato después voy por las calles de Santander. Bullicio, animación, tiendas y calles llenas de gente. Hacia las tres de la tarde estoy en la Universidad Internacional de Verano, institución de cultura creada por el Gobierno de la República según decreto de 23 de agosto de 1932, cuando era Ministro de Instrucción don Fernando de los Ríos. Está emplazada en la península y en el Palacio de La Magdalena, antigua propiedad del Rey.

Fué para mí impresionante ver convertidas ciento cuarenta habitaciones de la exregia y lujosa mansión de verano, en salas de estudio, en aulas, en comedores, en dormitorios para profesores y alumnos. Allí donde hacían sus reuniones y tomaban manzanilla cortesanos y señoritos de la confianza de Su Majestad, hay ahora conferencias, bibliotecas, inquietud intelectual. Y allí donde estaban las caballerizas reales ya no se oye el relincho de los caballos, sino la voz alegre de los estudiantes que fortalecen su cuerpo en los deportes.

¡He aquí parte de la obra de la «República Roja» y del catedrático don Fernando de los Ríos, actual Embajador en Washington!

Visito después, entre otros monumentos históricos, la antiquísima catedral. El que hace de guía se detiene frente a una pila de agua bendita, asegurándome que fué labrada por un moro y traída desde Córdoba en el siglo XII. A continuación recita unos versos dedicados a esa joya de piedra cuya edad asegura que lo emociona.

Hablo con el sacristán y dos canónigos: «¿Los persigue la República?» Contestan que solamente en lo monetario podrían quejarse porque han disminuído las entradas. Ya el Gobierno no les da lo que antes recibían. Por lo demás, en materia religiosa, en lo que se refiere a difusión y enseñanza de la fe católica, no pueden ni deben hacer en justicia ningún reparo al Gobierno del Frente Popular.

Me despido de los santos varones. Cerca de la salida principal, en el muro de la izquierda, hay un rótulo que dice:

### Llamadas de Comunión

Formas para la Sagrada Eucaristía - Un golpe de timbre -  
(Señor don Anselmo.)

Fieles para el confesionario. - - Dos golpes de timbre - -  
(Señor don Benito.)

Encender las velas del Altar Mayor. - - - Tres golpes de  
timbre - - - (Señor don Indalecio.)

Repique de campanas. - - - - Cuatro golpes de timbre - - - -  
(Señor don Pedro Vindas.)

---

Madrid, 10 de julio de 1936. El profesor Laudelino Moreno y su ayudante, don Gerónimo Luengo, me reciben y acompañan. Estamos con Luis



Araquistáin. La conversación se refiere a hombres y cosas de América. Me parece no haber salido de nuestro continente. ¡Esto es México, esto es Cuba, esto es Cartagena de Indias, esto es Caracas!

No, no he venido a conocer España. Ya la conocía. Cuestión ancestral. Atavismo. He regresado a estas tierras después de trescientos años de ausencia; después de haber partido a otras regiones, también españolas, en la carne y en la sangre de mis antepasados.

Araquistáin, Alvarez del Vayo, Barnés, de los Ríos, han sentido la misma impresión en nuestra América. Cuando en ella estuvieron no les pareció haber salido de España. Los mismos hombres, el mismo espíritu, el verbo de Cervantes, marcado en todo el sello profundo de la eternidad española.

Y también iguales en su carácter, en lo que es defecto para otras razas, los de este y aquel lado del Atlántico. «Se prohíbe fumar», y todo el mundo fuma en los tranvías y en el «metro». «No escupa usted», y a nadie le parece cuerdo fragarse la saliva. ¡Tampoco se la tragan al sur del Bravo histórico!

Pero estos detalles no tienen importancia cuando ve uno hacia lo alto; o cuando se reconcentra y siente en lo más hondo el palpitir del alma española. A través de la grandeza de América, a través de esa alma hispana intensamente creadora, han comprendido altos valores peninsulares la grandeza de su patria. Y a través de la grandeza de España comprendemos nosotros hasta dónde pueden llegar la grandeza y el poder creador de América.

«Bolívar es nuestro—me decían en Madrid hombres de letras—, y nosotros son Hidalgo, Morelos, Sarmiento, Montalvo, Sucre, San Martín.» Yo les contestaba que también son de nosotros, de los hispanoamericanos, Lope, Calderón, los clásicos de ayer y los clásicos de hoy, Pérez Galdós, Valle Inclán, Marañón, Sancho, Don Quijote.

Esa es la unidad de América y de España. La unidad que ha podido sentirse más en estos años de lucha republicana por la libertad y por la democracia. «Por la independencia—contestaban mis contertulios españoles— que ustedes hicieron efectiva hace cien años largos, y que nosotros no hemos podido realizar ni conquistar todavía. El destronamiento de un monarca—agrega uno de ellos—nada significa si solamente se trata de una substitución de mandatarios, la que apenas mueve las cumbres del poder político».

Demasiado galantes en sus apreciaciones sobre la realidad de nuestros países mostrábanse aquellos buenos y recordados amigos de Madrid, porque entre nosotros tampoco ha podido conquistar el pueblo su independencia en el profundo sentido en que esta palabra debe tomarse. Pero dejo lo de América para ceñirme a España y a lo que ya se vislumbraba: la rebelión militar para la cual señalaban algunos fecha fija.

### **Agresividad de los reaccionarios con el Frente Popular**

Efectivamente, la rebelión militar se vislumbraba, se sentía, de ella hablaban públicamente amigos y enemigos del régimen republicano. Yo no acertaba a explicarme la razón de aquel movimiento en ciernes. Y comentábamos en nuestra «peña» del café «La Española», a cien metros de La Puerta del Sol, que el malestar sería comprensible entre las organizaciones de trabajadores, entre las grandes mayorías que continuaban a merced del poderoso grupo minoritario, formado por capitalistas, el alto clero y aristócratas de todo jaez. Pero no entre las castas privilegiadas que gozaban, según queda dicho, de todos los privilegios que obtuvieron desde la Reconquista.

Por eso me llamaba la atención que pudieran ser calificados de extremismo, por los periódicos de la derecha, letrados y liberales auténticos de



la talla de los señores Barcia Trélles, Azaña, Casares Quiroga, Alvarez Buylla, Barnés y otros caballeros de igual moderación en materia política. Estos señores no sabían de ser republicanos. ¡En el Gobierno no había un solo socialista ni un solo comunista!

Juzgando la situación imparcialmente, no había razón alguna para que los reaccionarios se mostrasen en tal forma agresivos con el régimen del Frente Popular, que había llegado al poder en libérrimas elecciones después del bienio de Lerroxx y de Gil Robles.

Huelga decir que la oposición escrita la hacían fuertes empresas periódicas, financiadas por los grandes succionadores del pueblo y por la Compañía de Jesús, en connivencia con los llamados fascistas o falangistas. Estos últimos tenían organizados a varios grupos de pistoleros, quienes desde sus automóviles provocaban con frecuentes asaltos a los trabajadores sindicalizados.

Tales actos de la reacción armada culminaron con el asesinato del Teniente Castillo, uno de los jefes más queridos y estimados de las Guardias de Asalto, organización oficial de policía. El homicidio de este joven militar provocó una ola de indignación y de protesta entre todos los elementos enemigos de la caverna. Y en la madrugada del día siguiente, como una represalia que no obstante ser humana reprobó el Gobierno enérgicamente, pagó aquel crimen con su vida don José Calvo Sotelo, a quien sacaron de su residencia y llevaron muerto al cementerio varios compañeros del guardia sacrificado horas antes por los falangistas.

### Reunión de la Comisión Permanente de las Cortes después de haber sido muerto Calvo Sotelo

Estos lamentables acontecimientos caldeaban el ánimo de unos y de otros. El señor Gil Robles, en la sesión de la Comisión Permanente de las Cortes, celebrada el 15 de julio de 1936, hizo acusaciones temerarias al Gobierno. El señor Barcia, Ministro de Estado, se enfrentó a la pasión desbordada del señor Gil Robles, habiendo dicho, entre otras cosas:

«Las palabras de su señoría, muchísimo más que una injuria, son una imputación calumniosa. Tengo que sofrenar una vez más mis sentimientos, ahogar la pena, dejar que el dolor me corroa, porque una pasión que con-turba de tal manera el espíritu y la reflexión de su señoría, con un fondo de iniquidad tan espantoso, sólo me permite exclamar que a la historia entregamos el resultado de las actitudes y de los conceptos que fueron aquí vertidos. No, señor Gil Robles: nos damos cuenta exacta del momento en que vivimos, y nosotros quisiéramos buscar en el espíritu de todos un refugio para que esta pasión no continuase exacerbándose progresivamente y no llegase al grado de paroxismo en que la ha colocado su señoría. Sabemos que por encima de todo, más allá de cuanto nos pueda dividir, hay intereses esenciales y fundamentales que tenemos que defender, los de España. Y esos intereses no se defienden, señor Gil Robles, con los términos verdaderamente monstruosos a que ha llegado hoy su señoría».

A continuación el Ministro Barcia manifiesta que el Gobierno está seguro de los preparativos que se hacen para un golpe de estado en Navarra, en Burgos, en Galicia, en parte de Madrid y en otras regiones de España, porque «no queréis atafar lo que ha representado el triunfo del 16 de febrero, y de ahí toda vuestra política y vuestra actuación, en pugna con la gran mayoría del pueblo español. Yo creo que el Gobierno se ha quedado corto al no meter mano a fondo a los elementos responsables de la guerra civil



que se avecina en España. Los culpables de lo que ocurre sois vosotros, los de la derecha, con vuestro dinero y con vuestras organizaciones. Pero haremos cuanto sea necesario para que la República no desaparezca de España.»

Por su parte don Indalecio Prieto, después de rebatir punto por punto al Señor Gil Robles, hizo un llamamiento a la cordura y a la serenidad, lamentando la muerte del señor Calvo Sotelo, tan dolorosa como la de Sirval y la del Teniente Castillo que fueron aprobadas por las derechas. Tanto el señor Prieto como el Diputado Díaz Ramos se refirieron, además, a los actos brutales cometidos en la represión de Asturias, cuando «tropas moras pasaron por el filo de sus gomas a los mineros españoles».

A pesar de la serenidad del Gobierno republicano y de sus esfuerzos por evitar nuevos choques, el comentario público era inquietante. Las derechas seguían sus preparativos bélicos. Y el movimiento estallaría posiblemente con anticipación, como resultado de la muerte del señor Calvo Sotelo.

Sin embargo, no se tomaban medidas para evitarlo: los republicanos no deseaban que pudiera acusárseles de perseguir a nadie sino cuando los hechos estuviesen consumados, aumentando semejante actitud el desconcierto. ¡Y había en España, para un ejército menor de cien mil hombres, 860 generales, de acuerdo con datos del Anuario Militar! Esos generales, muchos de ellos con sabrosas jubilaciones, estaban graduados en la siguiente forma:

Tenientes generales. . . . .	31
Generales de División . . . . .	68
Generales de Brigada . . . . .	313
Generales honoríficos . . . . .	319
Generales de cuerpos especiales y asimilados. . . . .	129
Total . . . . .	<u>860</u> Generales

### Dominio económico de las derechas

Estos señores de vistosos galones y los militares de menor graduación, monárquicos casi todos, eran sin duda un peligro para la República. Así lo comprendían quienes no fuesen ciegos, habiendo tenido oportunidad de comentar a nuestras anchas la posición del Gobierno varios escritores y artistas, en el restorán «Las Flores», en la noche del 16 de julio.

Estábamos allí reunidos en amable comida que me dedicaban, y aproveché la oportunidad para obtener detalles que me parecieron sumamente interesantes. Luis Araquistáin, Julio Alvarez del Vayo, el pintor Luis Quintanilla, Francisco Carmona Nenclares, Alfredo Lagunilla Iñárritu y algunos otros amigos llegamos a la misma conclusión: la República no ha hecho nada todavía que pueda llamarse revolucionario.

Esto era cierto. Casi todas las calles de Madrid están iluminadas con gas. Le parece a uno vivir en siglos pasados. Yo preguntaba el por qué. ¡Viejas concesiones a grandes empresas de alumbrado público!

Los tranvías, el subterráneo, los ferrocarriles, pertenecen a empresas privadas que sacan anualmente millones de pesetas al pueblo español. Y cuando ha sido indispensable aumentar los salarios de hambre a los trabajadores, las directivas declararon que no era posible hacerlo. Fué entonces necesario que el Gobierno aportara gruesas sumas. Sólo a los ferrocarriles les ha dado el tesoro público algo más de dos mil cien millones de pesetas,



sin atreverse siquiera a exigir que fuesen reducidos los sueldos fabulosos de los altos empleados de las 86 compañías ferroviarias que acogotan a España.

Cosa semejante estaba sucediendo con la Trasatlántica Española, y con los haberes pasivos del clero, y con las compañías de seguros. La República seguía siendo su protectora. Respecto de estas últimas empresas, las de seguros, ni siquiera tenían que pagar comisiones a vendedores de pólizas. En las portadas de todas las casas puede leerse un rótulo que dice: «Asegurada contra incendios». Yo alababa el espíritu previsor de los españoles. No es previsión—me contestaba algún amigo—, sino que la ley obliga a asegurar todos los inmuebles bajo fuertes sanciones. Y me asombraba de que el seguro no fuese del Estado sino de capitalistas privados, a quienes la ley beneficiaba en forma verdaderamente inexplicable.

Respecto a lo que en España se llama «Banca Oficial», es en realidad banca privada con dineros y garantía del Estado, pero sin el control del Gobierno sino de los accionistas particulares. A mayor crisis, a mayor miseria, mayores dividendos. El Banco de España, los duques, marqueses y condes que tienen la mayoría de las acciones, obtuvieron el año pasado 160 millones de pesetas de dividendos netos, lo que equivale a un 27 por ciento de interés anual.

Por eso ha dicho un comentarista que el Banco de España es la gran casa de empeño de aquel país. En lugar de colchones, en lugar de camas y de máquinas de escribir o de coser, admite la pignoración de industrias, de minas y del propio Estado, cuyas emisiones quedan también en manos de la benemérita institución.

¿Por qué, entonces, tramaban estas clases privilegiadas un levantamiento militar? Seguramente porque tenían perder parte de sus inconcebibles privilegios. No querían desprenderse de nada. Ni de una mínima parte de los enormes latifundios de Extremadura y Andalucía. Y por cerrilismo, por codicia, por defender lo menos, preparaban el movimiento que con el auxilio de los moros y de la legión extranjera llenaría a España de dolor y de sangre.

## La emoción de Toledo

Toledo, 18 de julio de 1936. Estoy en la ciudad imperial con los profesores Laudelino Moreno y Gerónimo Luengo. En esta ciudad que ofrecerá dentro de pocas horas, sin que al visitar sus monumentos pudiera sospecharlo, uno de los aspectos más trágicos de la actual guerra civil española. Dentro de sus muros se conservan riquezas y joyas artísticas de diversas épocas y civilizaciones. Arquitectura de casi todas las edades. Hebreos, árabes y cristianos confundidos a través de la historia. Y sombras también, reflejadas en el Tajo, de los remotos y desconocidos fundadores que vinieron de Grecia, o que fueron enviados a esta Iberia indomable por Nabucodonosor.

La Catedral. Inmensa mole de piedra y de granito. Contemplando sus torres gigantescas, de pie bajo las fundidas toneladas de bronce de su «Campana Gorda», pude darme cuenta de la conquista y de la colonización de América. ¡Hombres capaces de levantar semejantes construcciones, bien podían atravesar el océano y dominar un nuevo mundo!

En esa catedral vive uno en plena edad media, y va entrando en el Renacimiento conforme atraviesa naves y capillas de variada arquitectura. Las puertas, la orfebrería, el retablo del altar mayor, los artesonados de estilo mudéjar, las pinturas murales, el sepulcro de doña Juana Pimentel y del Condestable don Alvaro de Luna, los trabajos de hierro, las tallas en maderas



preciosas, los altos y bajos relieves, el cuerpo en mármol del Cardenal Mendoza cubriendo sus cenizas, la voz de los canónigos en el coro majestuoso, todo allí es emoción y es grandeza.

Emoción y grandeza son también el Castillo de San Servando, el Arco de la Sangre, la Mezquita del Cristo de la Luz, Santa María la Blanca, el Cristo de la Vega y la Iglesia de Santo Tomé con «El Entierro del Conde de Orgaz», cuadro famosísimo del Greco.

Por las callejuelas estrechas de Toledo seguía con mis amigos visitando monumentos: la Sinagoga del Tránsito, hecha por Samuel Leví en el siglo XIV para uso de la aristocracia, como era para el pueblo la de Santa María la Blanca. Las puertas de la ciudad: la de Bisagra, la de Alfonso VI y la del Cambrón. El Zocodover, plaza principal de la metrópoli, antigua de varios siglos. Y el Alcázar, el grandioso Alcázar, con sus patios, con sus profundos sótanos, con sus torres gallardas del siglo XIII.

Hemos subido, hemos bajado, hemos ido de derecha a izquierda. Estamos por fin en una casa que a todos nos llena de recogimiento. Data del siglo XIV. Vivió en ella Dominico Theotocópuli, el inmenso pintor llamado El Greco. Su dormitorio. Su pequeña sala de estudio. Y en lo alto el salón blanco de luz en que pintaba.

En otro sitio de la ciudad el Mesón del Sevillano, con su color y sabor de los siglos XVI y XVII. Entro en el patio con reverencia. Esta es la famosa posada que inmortalizó Cervantes en su novela ejemplar, «La ilustre fregona»: «...Y esta noche no vayas a posar donde sueles, sino en la Posada del Sevillano, porque verás en ella la más hermosa fregona que se sabe».

Vamos caminando de nuevo hacia la Catedral. Queremos admirar el tesoro que no nos fué posible ver al mediodía. En el trayecto el profesor Moreno habla de historia. Pasan por Toledo las figuras de los conquistadores romanos; el primer prelado católico, San Eugenio; los reyes visigodos; los obispos que asistieron en el año 400 al primer Concilio toledano; el último monarca godo don Rodrigo; el Cid Campeador con su barba y armaduras; los árabes que se apoderaron de la ciudad en 711; don Alfonso VI que pudo conquistarla en 1085, y que «adentróse en la plaza con mucha pompa, concediendo grandes prerrogativas a la población musulmana y judía»; Alfonso X el sabio, autor de las «Cantigas» y protector de artistas y hombres de ciencia; el César Carlos V, rodeado de cortesanos; todas las figuras centrales de España, en fin, hasta 1560 en que Felipe II trasladó a Madrid la capital del reino.

### No es posible ver el tesoro de la Catedral

Ya estamos al pie de la iglesia, frente al palacio del Cardenal Primado de España. Desde la calle admiramos una vez más las altas torres. Allá, a muchos metros de altura sobre el nivel de la tierra, duerme la campana que horas antes habíamos visto de cerca. «La Campana Gorda»—repite el profesor Moreno—. La mandó a fundir el Arzobispo don Luis de Borbón en 1753, siendo bautizada con el nombre de San Eugenio. Pesa 1543 arrobas. Tiene 35 pies de circunferencia y 12 de elevación.

Ya en el interior del templo insistimos en nuestro deseo de contemplar el famoso tesoro de la vieja catedral, cuyo valor se calcula en varios millones de pesetas. Uno de los señores canónigos nos indica que no es posible verlo, no obstante que nos encontramos precisamente en la hora de visita. Hay algo misterioso en todo esto. Se nota sobresalto entre varios clérigos que cruzan las naves rápidamente, mirando con desconfianza a todos



lados. El profesor Moreno discute, presenta sus credenciales y advierte al canónigo que hablará inmediatamente con el Gobernador Civil.

El Gobernador Civil está también inquieto. Se pasea a largos pasos por su amplia oficina. Nos explica las razones que tiene para creer que el levantamiento será cuestión de pocas horas. Dice que los cadetes y casi todos los miembros de la Guardia Civil están reunidos en el Alcázar. Pero no se atreve a proceder contra ellos, ni a evitar que lleven víveres y armas, porque no ha podido comunicarse telefónicamente con el Ministerio de la Gobernación.

Todo aquello me parecía sorprendente, extraordinario. Mas a los pocos días, ya estallado el conflicto, los periódicos publicaron la noticia de que este Gobernador Civil de Toledo estaba en inteligencia con los facciosos, y que con ellos y con su familia se había trasladado al Alcázar. No vimos el tesoro, desde luego, sino que a las seis de la tarde, en plena efervescencia, tomamos el tren de regreso a Madrid.

Al llegar a la capital nos enteramos de que lo mismo que en el Alcázar de Toledo estaba sucediendo en las guarniciones de Madrid, en el Cuartel de la Montaña, en el María Cristina, en el Pardo, Getafe, Vicálvaro y los campamentos de Carabanchel. Militares y falangistas entraban en ellos libremente. Ya los galones tenían encendido el fuego de la rebelión.

Pensé y pregunté de nuevo a compañeros y amigos cuáles eran las razones del golpe de Estado; qué ideología trataban de defender aquellos hombres de charreteras; en qué forma los hostilizaba la República. La contestación siempre era la misma: ha sido demasiado benévola con ellos. Poco después pude confirmar la veracidad de esa respuesta con los números del presupuesto fiscal ante mis ojos.

### Ministerio de la Guerra.—Primer semestre de 1936

	Pesetas
Sueldos.—Personal de las distintas armas y cuerpos . . . . .	88.455.055.00
Gratificaciones de mando, cruces pensionadas, medallas de sufrimiento, uniformes, vestuario, locomoción, cría caballo y demás gastos de guerra . . . . .	452.545.244.00
Marina de Guerra en el mismo semestre . . . . .	117.182.293.90
<b>Total Guerra y Marina, clases activas . . . . .</b>	<b>658.182.592.90</b>
Clases pasivas.—Montepío Militar. . . . .	22.571.000.00
Retirados de Guerra y Marina y cruces pensionadas . . . . .	34.618.265.00
Retirados de Guerra y Marina con arreglo a Decretos de 1931, personal en situación de reserva y cruces de los mismos, según ley de 21 de octubre de 1931 . . . . .	55.212.500.00
<b>Total, primer semestre de 1936 . . . . .</b>	<b>770.584.357.90</b>

¡Algo más del 30 por ciento, casi la tercera parte del presupuesto total de la República—calculado para el mismo semestre en 2.540.403.719.62 pesetas—al servicio de espuelas y de tizonas! Y el resto, hasta completar el 51 por ciento, más de la mitad de los egresos fiscales, en las siguientes partidas:



Aval del Estado para empresas ferroviarias y Compañía Trasatlántica, intereses y amortizaciones . . . . .	42.619.312.50
Otras deudas del Tesoro por valores en poder del Clero y de capitalistas, intereses y amortizaciones . . . . .	468.717.159.56
Comisiones al Banco de España . . . . .	9.117.651.60
 Haberes pasivos de congregaciones eclesiásticas, a extinguir en el primer semestre de 1936 . . . . .	 8.250.000.00
 Total clases privilegiadas, primer semestre . . . . .	 528.704.123.66
Más partidas de Guerra y Marina . . . . .	770.584.357.90
	1.299.288.481.56
GRAN TOTAL . . . . .	1.299.288.481.56

¡Así trataba y fortalecía el Gobierno «rojo» a los capitalistas, a los tenedores de bonos, al Clero, a las grandes empresas, a los sacrificados militares que quieren ahora defender la civilización occidental con el auxilio de moros mahometanos y de legionarios extranjeros!

### **Estalla la conflagración, siendo rápidamente sofocada por el pueblo en Madrid y en Barcelona**

19 de julio de 1936. Agitación en Madrid, incertidumbre, noticias contradictorias. Renuncia el Gabinete de Casares Quiroga porque, según afirman personas que se dicen enteradas de la situación, el Presidente Azaña no está de acuerdo en que se armen las organizaciones de trabajadores para luchar contra los militares sublevados.

En la madrugada del 20 el tiroteo se ha generalizado en toda la ciudad. El Ministerio de don Diego Martínez Barrio, pocas horas después de haberse constituido, cede el puesto al que ha formado don José Giral. Ya el pueblo está con las armas en la mano, con las pocas armas de algunos cuarteles de policía.

Llegan noticias del resto del país. En Melilla y en Ceuta estalló el conflicto, con el apoyo del tercio extranjero y de los regulares marroquíes. Las difusoras oficiales anuncian que se ha peleado bravamente en las calles de Barcelona. Las milicias populares derrotaron el día anterior, a pecho descubierta, con heroicidad extraordinaria, a los militares que no tuvieron escrúpulo en lanzarse contra el pueblo catalán.

Durante todo el 20, ese histórico 20 de julio de 1936, sigue en Madrid la gran jornada contra el golpe de Estado. ¡Ha caído el cuartel María Cristina! Con los fusiles, los cañones, las ametralladoras y los tanques de asalto de esa guarnición logran armarse los milicianos de la Unión General de Trabajadores, la Confederación Nacional del Trabajo, las Juventudes Socialistas, los partidos republicanos y demás agrupaciones del Frente Popular.

Estos hombres, llenos de valor y de coraje, se lanzan a tomar el Cuartel de la Montaña, arrojando todos los peligros. Colocan sus piezas de artillería en varios puntos estratégicos de la Plaza de España, en cuyo centro, sobre un alto pedestal de granito, sonríe Sancho Panza socarronamente ante los fulgores de la lanza que lleva en alto don Quijote.

Miles de hombres y de mujeres exponen la vida entre el fuego graneado



de las ametralladoras, sin que sea posible detenerlos. La población entera de Madrid quiere tomar parte en la contienda. Ciegos de santa ira están los madrileños, al confirmarse que el general Franco ha transportado a territorio español el primer contingente de seis mil moros. En todos los semblantes hay un gesto de indignación y de protesta.

No olvidan los españoles que estas mismas fuerzas reaccionarias también llevaron a cabo la represión de Asturias, en octubre de 1934, con regulares marroquíes y con legionarios extranjeros. Recuerdan las matanzas tremendas de Oviedo, ordenadas por el grupo de Gil Robles y de Lerroux. Y se habla de la guerra de independencia. ¡Dos de mayo de 1808! ¡Veinte de julio de 1936!

### Cómo solía llegarse al generalato en España

«Ante la defección del ejército—dice *Claridad*—acudió el pueblo a sostener al Gobierno, pues cuando los militares traicionan o fracasan como instrumento de defensa, es el pueblo el que se arma y se organiza espontáneamente para la lucha. Se arma para defenderse de la invasión exterior o interior. Invasión, en este caso, de arriba a abajo, brutal, vertical, que los militares tratan de llevar a cabo. Así fueron las guerras de reconquista contra los árabes, así la guerra contra Napoleón, así esta defensa del pueblo en masa, de abajo a arriba, contra espadones sin prestigio».

Y agrega el gran periódico de Luis Araquistáin que el generalato español solía nombrarse, no por méritos de guerra o por la ciencia militar de los favorecidos, sino por cualidades personales que impresionaban a los monarcas de ambos sexos. En el siglo XIX Godoy, gallardo y «castigador», ascendió de modesto guardia de corps a las cumbres del ejército bajo la protección de una reina, que le dió el título de Príncipe de la Paz a cambio de sus caricias. Y muchos generales de esa centuria, en aquel morboso período isabelino, vieron florecer sus entorchados en el campo de la libidene.

Sigue hablando *Claridad*: «En tiempos de la Reina regente la simpatía religiosa substituyó a la erótica. Es la coyuntura de los militares católicos. Polavieja, rezador e inquisitorial, es el espadón representativo de esa época. Luego vienen los generales señoritos, amigos de Baco y de Venus Pandemos, que son los protegidos del último Rey, el de los colmados, el de los prostíbulos, el de los grandes negocios, que él y sus amigotes hacían a la sombra del Estado. Pero eso se acabó para siempre. Ya no hay reinas con furor uterino ni monarcas galopines. Los jefes y oficiales del nuevo ejército, el ejército del pueblo, han de elevarse por obra del ejército mismo. Es la democracia que se instaura en las fuerzas armadas, como siempre ocurre en los ejércitos revolucionarios».

Por su parte el periódico *Política* señala en esta forma, cruel sin duda, a los cavernarios del golpe militarfascista: «Banqueros, latifundistas, generales que nunca ganaron una batalla, compinches del ex-Rey en trapicheos y grescas, en las orgías del coto de Doñana y en los concursos del tiro de pichón».

21 a 23 de julio. Tomados el Cuartel de la Montaña y las demás guarniciones de la capital, el pueblo hace bullíciosas manifestaciones de regocijo. Los madrileños están como de fiesta. En todas las casas de los barrios pobres ondean banderas rojas. Niños y mujeres levantan los puños al paso de los milicianos.

Pero la edad media, en pleno siglo veinte, no quiere darse por vencida. Y parapetada en balcones y azoteas dispara rabiosamente sobre los que



ganaron la batalla puño a puño, no obstante que ya los generales Goded, en Barcelona, y Fanjul en Madrid, se han entregado a las autoridades. El «paqueo», sin embargo, parece no conturbar el ánimo de la multitud abigarrada que en calles y en plazas celebra la victoria.

Es emocionante todo esto. La reacción ha querido que España retroceda al pretorianismo y se ha encontrado con la fuerza invencible de los obreros, de los campesinos, de la intelectualidad más prestigiosa al servicio de la gran masa escarnecida y explotada durante largas centurias.

Por esa masa, ciertamente, muy poco ha hecho la República: proyectos, promesas, falta de decisión para cumplirlas. Pero bien saben los trabajadores que perderían lo poco conquistado si el poder cayese de nuevo en manos de la sordidez conservadora.

Y para evitarlo, a fuerza de arrojo y heroísmo, han tomado las armas y han podido vencer en estas jornadas históricas del mes de julio de 1936. ¡Gesta inenarrable la de los madrileños, que debe llenarnos de orgullo a los que llevamos en las venas sangre española!

Por un alto ideal, como los soldados de Bolívar, como los mexicanos de Hidalgo y de Morelos, como los de Juárez contra la invasión francesa, como los de Nicaragua con Sandino, se lanzaron valientemente a la lucha, que es lo mismo que echarse en brazos de la muerte, renunciando pues a la vida, haciendo el sacrificio de sus más hondos afectos.

### Quiénes son los milicianos

Exclama emocionado un veterano jefe militar, leal al Gobierno: «Yo no he visto temple como el de estas columnas improvisadas. Ni los feroces legionarios que hoy están matando españoles en Andalucía, bajo el comando de nuestros propios generales; ni los aguerridos mahometanos a quienes ahora bendicen los prelados católicos, llegaron jamás a igualar en los combates de mayor empuje, la impavidez, el valor sereno, la maravillosa combatividad de los milicianos».

Y estos milicianos son los postergados pero altivos trabajadores; son las clases medias, que al fin se dan cuenta de su responsabilidad y de sus derechos; son sus mujeres y sus hijos.

Muy poca cosa les habría bastado: menos sudor en la frente y algo más de pan que les nutriese el cuerpo y el espíritu.

Pero la espuela de los militares desgarró su carne.

Y fué suficiente un alerta del Gobierno, un llamamiento de las organizaciones del Frente Popular, para que se echasen el mosquetón al hombro.

Bien sabían que iban a enfrentarse con la técnica de expertos en matar y con mejores armas. Pero a ellos les inflamaba la justicia. Y si los militares eran duchos en el arte de hacer bajas, las milicias populares estaban dispuestas a demostrar al enemigo que ya saben defenderse.

### ¡Madres, enormes madres españolas, sufridas y abnegadas!

—¡Me le han asesinado! Allí está. Acabo de reconocerlo en el depósito de cadáveres—, exclama sollozante una mujer castellana al salir del Hospital de San Carlos.

—¿Y cómo cayó, señora?

—Ayer, al tomar el Cuartel de la Montaña. Era un guapo mozo de veintitrés años.



Suspira la madre atribulada. Hay un silencio de muerte en el grupo que la rodea. Millares de mujeres y de hombres se aglomeran frente al vasto edificio, esperando de un momento a otro la noticia fatal que allí les tiene. Tratan algunos de dar aliento a la buena mujer. Un miliciano cincuentón, su hermano, su marido, la acompaña. Ella dice, enjugándose las lágrimas:

—Más ha de valerle esta gloria de morir luchando que una vida miserable, de privaciones y de penas. No, no era cualquier cosa. Fuerte, alto, lleno de salud. Pero no pasaba de ganar cuatro pesetas.

Solloza de nuevo la mujer y continúa:

—Con medios para educarle, por lo menos doctor hubiera sido. Pero fué honrado su padre. Quiero decir que fué pobre. Y pobres seguiríamos siendo con tan bajo jornal como ganaba el hijo. Por eso era desdichado. Y ha perdido la vida para que sus compañeros tengan lo que él no pudo tener.

¡Madres, enormes madres españolas, sufridas y abnegadas! Cuántas veces, con sus hijos en brazos, habrán recitado el villancico de Martínez Sierra:

Se lo llevarán.

¡Y era carne mía!

Me lo matarán.

¡Y era mi alegría!

Cuando esté muriendo

dirá: «¡Madre mía!»

Y yo no sabré

la hora ni el día.

## Portugal, Italia y Alemania detrás de los militares sublevados

Con la derrota de los militares sublevados en Barcelona y en Madrid; con el desconcierto que causó la muerte del general Sanjurjo, quien había salido de Lisboa a dirigir el movimiento, y se estrelló con su aeroplano a los pocos minutos de haberse elevado; con la actitud de la mayoría de los tripulantes de los barcos de guerra, enérgicos marinos que desconocieron a sus jefes rebeldes contra la República; con el empuje, en fin, del pueblo español, que demostraba en toda forma su lealtad a las instituciones democráticas, pudo haber terminado el cuartelazo, ya que estos movimientos sólo triunfan por sorpresa.

Pero la conspiración de los mandobles tenía ramificaciones en todo el territorio nacional y contaba con el apoyo decidido de tres gobiernos dictatoriales de Europa: el de Portugal, el de Italia y el de Alemania. Armas, aeroplanos, ametralladoras, municiones en cantidades fabulosas llegaban constantemente a los partidarios del medioevo. Y a falta de españoles, a falta de respaldo popular, seguían contratando moros en Marruecos los defensores cuartelarios de la civilización occidental.

En tales condiciones el movimiento tenía forzosamente que prolongarse, empezando una lucha denodada en la Sierra del Guadarrama, en Avila, Almansa, Hellín, Zaragoza, Toledo, Guadalajara, Alcalá de Henares, Burgos, Logroño, San Sebastián, Tortosa, Almería, Segovia, Córdoba, Sevilla y Cádiz.

Cuando a un gobierno, cuando a un régimen le falla el ejército, ese gobierno cae inevitablemente. Mas he aquí lo admirable de España: con el noventa por ciento de los militares sublevados y con casi la totalidad de las armas en su poder, la administración republicana pudo sostenerse. Y pudo sostenerse porque al faltarle el apoyo de los espadones y de las espuelas,



ocurrieron a respaldar a la República en peligro el brazo y los hombros de los trabajadores.

Así pudo demostrarse que la victoria obtenida por el Frente Popular en las elecciones del 16 de febrero, se sostenía también con unos cuantos rifles y con unos cañones viejos en el campo de batalla.

Las noticias que se reciben en Madrid durante la última semana de julio exaltan el sentimiento popular. Los asesinatos en masa que ordena Queipo de Llano en Sevilla; el fusilamiento de varios centenares de socialistas en Badajoz; los saqueos y violaciones que cometen los marroquíes en los pueblos por donde pasan; y la constante provocación de los fascistas, que continúan «paqueando» y haciendo nuevas víctimas en las calles de Madrid, enardecen a los milicianos que patrullan la ciudad.

El Gobierno, por medio de los periódicos y de las estaciones difusoras, llama al pueblo a la serenidad y a la cordura. Pero el hervor aumenta cuando desde iglesias y edificios de congregaciones eclesiásticas, convertidos en fortalezas, se sigue disparando hacia las calles incesantemente.

El «paqueo» cobra fuerza inusitada en la mañana del 24 de julio. Las ambulancias recogen constantemente muertos y heridos, sobre todo en la manzana de la Basílica de Atocha, cuyas torres amenazan a los transeuntes con las bocas de fuego de cinco ametralladoras. No queda más remedio que hacer uso de la gasolina y de un mechón encendido, para que las llamas purifiquen inquisitorialmente a los que convierten en cuartel la casa de Dios, o para que la desalojen si a bien y caridad lo tienen.

Esa misma tarde, no por ser iglesias sino albergue de «pacos» y de artilleros; no por persecución religiosa sino por defensa de la vida, arden la citada Basílica de Atocha, la vieja Catedral, Santa Isabel y San Nicolás. En pie quedan los muros gracias a la intervención de los bomberos. Y frente a las fachadas de aquellos templos históricos, antieconómicamente quemados por culpa de quienes debieron haberlos defendido con su mesura, con su bondad y con su amor al prójimo; frente a los atrios y los barandales, miles de espectadores comentando el proceder de tonsurados y de fascistas.

### El tío pelmazo del sacristán

Los habitantes de una de las más pobres barriadas de Madrid, que en verano viven en la calle, con hijos y nietos metiendo ruido, están aglomerados en torno de un antiquísimo santuario en llamas. De la verja de hierro pende una sotana roja de monaguillo, a manera de gonfolón antifascista. El murmullo de las voces se confunde con el chisporroteo de las maderas.

—Mira que tiene gracia—dice una guapa madrileña de ojos almendrados a otra bella moza que la acompaña. Salta en respuesta una viejecita ochentona, una de esas viejecitas de la España atormentada que se derrumba:

—¿Que tiene gracia? Gracia tuviera si ahí hubiesen colgado al tío pelmazo del sacristán.

—¡Abuela!—exclaman las dos muchachas.

—¡Qué abuela ni qué asustarse! Por algo me lo digo. Desde esa torre disparaban contra las milicias varios «pacos». Y él los dirigía.

Sigue hablando aquella estampa viviente del siglo pasado, cuando se acerca un grupo de guardias civiles:

—Retírase, compañeros, retirarse. Hay peligro.



## ¡Dramas horribles de la guerra!

Se aproxima un camión lleno de milicianos. Van a registrar tres edificios de esa misma manzana, desde donde el fuego sobre las calles ha sido continuo. Francisco Carmona Nenclares y yo, que habíamos salido de la revista *Leviatán* media hora antes para llegar urgentemente al periódico *Claridad*, nos agregamos al grupo de los soldados del pueblo.

Queríamos constatar la corrección del nuevo ejército, ejército de voluntarios que no han vivido en los cuarteles, y hemos logrado ver escenas que salvan el prestigio de estos bravos hombres. Respetuosamente han pedido permiso para efectuar el cateo de los departamentos sospechosos.

Una señora se desmaya. Ellos mismos la atienden y arropan. Muebles y papeles de las habitaciones registradas quedan en perfecto orden. A nadie se le ocurre dejarse nada para sí.

Advierto con íntima satisfacción racial que ninguno de aquellos valerosos compañeros ha tomado licor. Los españoles no se emborrachan, no usan aguardiente, no salen del trabajo para dirigirse a la taberna. Una «caña», un vaso de buen vino cuando comen.

Tal vez por eso, en esta trágica guerra civil que desgarrá ferocemente a España, no se ha sabido de una sola violación ni de un atropello de los españoles auténticos contra sus propias mujeres.

---

Un piso más arriba. Allí vive un capitán del ejército. Se le requiere para que abra. Nadie contesta. Se oyen de pronto tres disparos. Los milicianos rompen la puerta.

Nunca olvidaré aquel cuadro pavoroso: el capitán, su esposa y una niña de cuatro años, con los ojos abiertos y las sienas sangrantes, se revuelcan en el suelo. Son los últimos estertores de la agonía. Pocos minutos después el color amarillento de la muerte contrasta con lo rojo de la sangre.

Los milicianos se descubren. En sus fieros rostros tostados hay un gesto de piedad y de pena. Pero la piedad se convierte en un dolor infinito, en una protesta muda contra los provocadores de estas cruentas infamias, cuando de una habitación vecina surge la figura temblorosa de otra pequeña niña, que parece no haber cumplido todavía los ocho años.

Ocultábase detrás de una cortina. La tomo de la mano. Está pálida, descajada, con el horror y el espanto retratados en la inocencia de su semblante. Dice que vió lo que hizo su padre, quien dió muerte a su mamá y a su hermanita. «Yo le pedí de rodillas que no me matara». El capitán, ante las súplicas de esta pobre criatura, no tuvo valor para ultimarla.

En otro piso vivía un suboficial del ejército, quien también estaba «paqueando». Antes de que los milicianos pudieran entrar en su departamento mató igualmente a su mujer y luego se suicidó.

Del alto edificio salieron cinco cadáveres y una niña huérfana que recogieron los vecinos. ¡Dramas horribles de la guerra!

## La reacción y la transformación social frente a frente

Durante los últimos días de julio y los primeros de agosto todo en Madrid es agitación y movimiento. Los sublevados no se rinden. En las fragosidades de Somosierra continúan las batallas. Siguen entrando moros y legionarios de los presidios de Europa a territorio nacional. Y los facciosos,



con mujeres y niños, con rehenes y prisioneros de ambos sexos, se hacen fuertes en el Alcázar de Toledo, en el Alcázar de Segovia, en iglesias y en palacios de las regiones dominadas.

Hay un entusiasmo indescriptible cuando el Gobierno anuncia que cinco mil mineros de Linares marchan sobre Sevilla, para defenderla de Queipo de Llano. Y en medio de grandes manifestaciones son recibidos en la capital seis mil mineros de Asturias. ¡Vienen a reforzar al pueblo! Inmensas avalanchas, multitudes frenéticas ovacionan a estos trabajadores que fueron los héroes de la revolución de octubre.

El espíritu de aquellos días gloriosos se refleja en los periódicos. Dice *La Libertad*, julio 25: «Estos madrileños que desde el amanecer buscan afanosos los sitios de concentración de milicias, jóvenes menores de treinta años, son los nietos de aquellos soldados que supieron perecer el dos de mayo de 1808. Vivimos la gran fiesta de la libertad. Todo el pueblo es un solo corazón. No se pelea por el presente. Importa más el futuro. Muertos antes que encadenados, tal es la consigna de los jóvenes. España tensa y tiene en reserva este gran tesoro: la juventud. La juventud que va alegremente al combate. No le preocupa morir en la epopeya. Caen con un vítor en la garganta reseca. Tiene el alma llena de luz. ¡Qué hermoso y qué bello sacrificio!»

*Claridad*, julio 29: «Tenemos en nuestra mesa de redacción la boina roja del cura de Viana. Nos la trajo de Somosierra el tentente coronel Lacalle. Se la quitó al interfecto. Como esa boina había muchas en aquel frente de combate. Eran las de los carlistas navarros, quienes después de acabar por sorpresa con los socialistas indefensos de los pueblos de su provincia, pretendían hacer su entrada triunfal en Madrid del brazo de los moros africanos. Pero no pudieron resistir el ataque de las milicias. Después del ejército de la gran revolución francesa y del ejército de la magnífica revolución rusa, jamás tuvo otro igual la gigantesca misión histórica que está cumpliendo actualmente el pueblo español en armas».

*El Liberal*, A. B. C., *Ahora, Mundo Obrero, Estampa, Informaciones*, todos los diarios y semanarios de Madrid, en suma, vibran de optimismo y de fe con la seguridad de que ya no es posible retroceder porque la historia no se detiene. Y conforme avanzan los días y aumenta el derramamiento de sangre, se hace más profunda la división entre las castas que gozaban de todos los privilegios y entre los explotados que se debatían en la miseria.

¡La reacción y la transformación social frente a frente! ¡La vieja y la nueva sociedad empeñadas en un combate que será decisivo! ¡Mitrás y galones contra la decisión libertaria de las masas! ¡El pasado y el porvenir en el campo de batalla, porque quiso lo pretérito adueñarse del presente!

### Consagración de la utilidad

Ha escrito un sagaz observador ruso que los casinos de Madrid le hacían el efecto de escaparates con las vitrinas abiertas. En lugar de jamones y de maniques, gruesos señores arrellanados en cómodas butacas a la vista del público. Pero sin duda que eso se acaba, porque no están los ánimos para que sigan allí exhibiéndose los aristócratas desocupados, que confunden a la patria con sus títulos y con sus bienes.

Hay en el ambiente que hoy se respira en España un pensamiento colectivo: consagración de la utilidad. Ese pensamiento lo define *El Liberal* en las siguientes frases: «Todo lo que no sea útil es puniblemente superfluo. El casino, además, es una insolencia histórica. Al mismo tiempo que aumen-



tan los ateneos, parece justo que terminen los clubs de señoritos. Bibliotecas, salones de conferencias, casas del pueblo, hospitales, sanatorios, confederaciones, sindicatos, locales de unificación democrática; para todo eso han de ser utilizados los casinos y los palacios. El casino y el palacio pudieron ser, en otros tiempos, símbolo de fastuosidad cortesana. Mas la corte es pueblo a estas horas, y la fastuosidad del pueblo está en la grandeza del esfuerzo colectivo».

Ese sentimiento unánime, esa transformación psicológica del explotado español, pondrá sin duda en zozobra a los defensores de la «cultura occidental». Pero es explicable la reacción de un pueblo que derrama su sangre para aplastar la rebelión militarfascista. Y se justifican, por lo mismo, las incauciones de propiedades que no eran útiles sino superfluas desde el punto de vista social.

Los más lujosos casinos de Madrid se han convertido en hospitales de sangre: médicos y enfermeras, inyecciones y aparatos quirúrgicos, en lugar de copas de coñac y de pavos trufados.

El palacio que ocupaba la difunta Isabel de Borbón está sirviendo de guardería infantil, en donde se atiende maternalmente a un grupo de madrileños cuyos padres luchan en el frente.

En diez conventos se alojan tres mil quinientos niños huérfanos, al cuidado de cuatrocientos maestros y maestras, quienes los educan y distraen.

El suntuosísimo teatro del Marqués de Fontalba, y otros grandes salones de espectáculos, han sido transformados en teatros populares.

El palacio de la Marquesa de Adanero es actualmente la casa de los campesinos, en el propio corazón de Madrid.

La residencia de don Martín González del Valle, Marqués de la Vega de Anzo, aloja a la Federación Universitaria Hispanoamericana.

«Cultura Popular» se ha instalado en una de las fincas de la Condesa de Revillagigedo.

En donde vivió y daba sus fiestas la Duquesa de San Carlos, celebra sus reuniones la Unión Federal de Estudiantes.

En un cómodo castillo de la calle del Marqués de Duero, entre cuadros que sus dueños no apreciaban y entre libros que no leían, tienen lugar las asambleas de la Alianza de Intelectuales para Defensa de la Cultura.

Y así las empresas periódísticas, al servicio del pueblo, ya no podrán seguir defendiendo a los detentadores.

Y así grandes edificios abandonados, cuyos dueños vivían de sus rentas en el exterior.

Y así los automóviles que, sin excepción, se emplean para la guerra.

Y así los restaurantes de los plutócratas, en donde se da preferencia a los humildes trabajadores que pelean por la libertad y por la democracia.

Y así «La Gran Peña», el palacio de los duques de Medinaceli, el del Duque de Fernán Núñez, el Círculo de la Unión Mercantil, la residencia de Lerroux, el Colegio de Abogados y el Colegio Oficial de Médicos, en donde prevalecía el elemento reaccionario.

Y así, en resumen, muchos otros palacios que no prestaban servicio social alguno: el de Bailén, el de la Marquesa de Viana, el de Juan March, el del Conde de Revilla, el de Bellas Artes, el del Duque de Alba, «aquel ilustre prócer que ignoraba quién era don Ramón María del Valle Inclán».

«No hemos salido a la calle para cosas pequeñas», comenta un escritor, y agrega: «De siglos viene siendo España la nación en que todo se hace a medias, pero en esta contienda cada trabajador español es un forjador de grandezas. Se acabaron prejuicios, tópicos de mentalidad añeja, lugares comunes, poquiterismos y pobretería. Nos han salido alas para volar muy alto».



## Los más grandes intelectuales de España apoyan al pueblo contra los mandobles

¡Claro! Con estas cosas se han de llevar las manos a la cabeza los defensores de la cultura, adornada con botas militares y con charreteras. Sobre todo, acá en Hispano América, los intelectuales "puros" que por defender altos postulados de «civilización» han ido del brazo de los Juan Vicente Gómez, los Machado, los Victoriano Huerta, los Sánchez Cerro y demás occidentalistas de machete.

En España, por el contrario, no se han asustado de lo que ocurre espíritus tan selectos como don Alvaro de Albornoz, don Fernando de los Ríos, don Antonio Zozaya, don Angel Ossorio y Gallardo, Díez Canedo, Jiménez de Asúa, catedráticos, abogados, médicos ilustres, hombres que por lo menos son tan cultos como los que en estos países tienen el monopolio del pensamiento y del arte.

Mas como podría decirse que algunos de los valores citados se apasionan por el partido a que pertenecen, parece oportuno reproducir declaraciones y firmas, publicadas el 31 de julio de 1936, en todos los periódicos de Madrid y de Barcelona. Es de advertir que estos señores no pertenecen al Frente Popular. Aquí están sus palabras:

«Los firmantes declaramos que ante la contienda que se está ventilando en España, estamos al lado del Gobierno, de la República y del pueblo que, con heroísmo ejemplar, lucha por sus libertades. Firman: Ramón Menéndez Pidal, Antonio Machado, José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón, Teófilo Hernando, Juan Ramón Jiménez, Gustavo Pittaluga, Juan de la Encina, Ramón Pérez de Ayala, Gonzalo Lafora, Pío del Río Horteiga y Antonio Marichalar».

El mismo día aparece un manifiesto suscrito por los escritores más prestigiados de la nueva generación española, tales como José Bergamín, Ramón J. Sender, María Zambrano, Angel Ferrán, Xavier Abril, Ramón Gómez de la Serna, Concha Albornoz, Pedro Garfias, José Fernández Montecinos y muchos más de la talla de Margarita Nelken, Pedro de Répide, Lagunilla Inárritu, María Teresa León, Rafael Alberti.

Los intelectuales se ponen, pues, al lado del pueblo, ya que es contra el pueblo que está empeñada la acción del pretorianismo. No importa que en el extranjero calumnien a España, diciendo que los militares luchan contra las ideas comunistas.

«¿Contra el comunismo?»—pregunta don Marcelino Domingo—. Y contesta: «No. El comunismo no está en el poder; no está, tampoco, pidiendo el poder en la calle. El poder lo integran instituciones liberales y democráticas constituidas dentro de la ley, en república. Cuando contra ese poder legal se ha producido el alzamiento militar, al lado del poder legal, para defenderlo, se han puesto los comunistas. Sí. Pero también los socialistas. Y los sindicalistas. Y los republicanos de izquierda. Y los de unión. Y los federales. Y el pueblo entero, sin distinción de matices proletarios o de doctrinas sociales. Y los intelectuales de más alta jerarquía y más profundo apartamiento de toda agrupación política. Ni los comunistas han hablado de comunismo. Se ha hablado por todos de la legalidad republicana, del derecho, de la democracia, de la libertad. No. El impulso popular en apoyo del Estado no ha sido para instaurar el comunismo, sino para impedir que se instaure el despotismo».

### Proceder lamentable de algunos diplomáticos hispanoamericanos

Como respuesta a la voz de los intelectuales se anuncia un nuevo avance de los marroques en la Sierra del Guadarrama. Piezas de artillería,



telémetros, ametralladoras nuevas, rifles flamantes, aeroplanos de bombardeo, material bélico acabado de salir de las fábricas italianas tienen en abundancia los rebeldes. Pero la ofensiva de los milicianos se hace cada día más eficaz y muchas de estas armas caen en su poder. De esa manera se sigue armando el ejército del pueblo.

Las noticias que llegan de todos los frentes aumentan el entusiasmo de los madrileños. Y es mayor todavía la fe en el triunfo cuando van dándose a la publicidad cablegramas de Inglaterra, de Francia, de Bélgica, de Suecia, de Noruega, de México, del Uruguay, de la Argentina, de las más civilizadas naciones del mundo, anunciando que se hacen grandes asambleas contra el llamado fascismo de Francos y de Molas. Los obreros de América y de Europa respaldan decididamente al Frente Popular.

A estas adhesiones se agregan las de los más ilustres escritores ingleses, franceses y norteamericanos, en cuyo concepto España ha venido a ser, de nuevo, el campo de batalla de dos tipos de civilización y de cultura, del progreso político y social y del regreso a la barbarie. Elie Faure, Jean Cassou, André Gide, André Malraux, Jules Romain, Lucien Vogel, Romain Rolland y los demás miembros de la Alianza de Intelectuales Antifascistas consideran que «España está luchando por la libertad política y económica de todos los oprimidos de la tierra».

---

En medio de este sentimiento unánime de apoyo y de simpatía al pueblo español, algunas legaciones hispanoamericanas comienzan a sembrar el pánico entre los naturales de sus países que residen en Madrid. Desean los excelentísimos señores diplomáticos que sus conciudadanos abandonen cuanto antes la capital y les ofrecen apoyo para repatriarlos.

Se distinguen por su espíritu desmoralizador y antidemocrático los representantes de los regímenes tiránicos de este continente. Dos de ellos y cuatro señoritos secretarios de otras tantas embajadas o legaciones salen para Francia. El Gobierno español les da amplias garantías para que no tengan tropiezos en su fuga.

Semejante actitud causa una reacción natural de desagrado y de protesta entre los estudiantes de esas repúblicas, y entre la casi totalidad de la colonia hispanoamericana, que se inclina resueltamente al lado de la causa del pueblo. Por otra parte, y esto es justo proclamarlo, no hay mejor salvoconducto en España que un pasaporte de cualquiera de nuestros países, ni había razón entonces para que las legaciones procedieran como lo estaban haciendo.

Los costarricenses nos sentíamos satisfechos de que nuestra pequeña república fuese una excepción. Pero cuando menos lo esperábamos llega el siguiente cablegrama: «Cónsul Costa Rica, Barquillo 6, Madrid.—Sírvasse solicitar mediación Legación Norteamericana. Condición Cónsul Costa Rica Málaga. Situación colonia costarricense Barcelona. Relaciones».

El poeta Fernando Güell, Canciller del Consulado, y don Enrique Lanuza, hijo del señor Cónsul que está fuera de Madrid, solicitan la opinión de algunos miembros de la colonia. Se resuelve contestar en la siguiente forma: «Imposible comunicarse Málaga. Colonia costarricense ruega informar no desea protección norteamericana».

Solicitar y aceptar el auxilio de la potencia anglosajona hubiera sido indigno. Y una ofensa gratuita para España. La contestación de los costarricenses no pudo ser más adecuada.



946.081  
5 127es  
U 7...

### Bombardeo de sanatorios en la Sierra del Guadarrama

El Sanatorio Lago, en Tablada, Sierra del Guadarrama, ha sido bombardeado por dos aviones fascistas. Doscientas mujeres tuberculosas buscaban allí salud y recibieron metralla. Al ruido de los motores algunas de las asiladas lograron ponerse a salvo. Las demás perecieron.

Acaban de decir estas palabras, con los ojos enrojecidos por el llanto, dos señoras que han llegado a buscar techo y abrigo al amparo de sus familiares, en la pensión que me aloja. Tres mozos las acompañan, mozos bravos del pueblo, y cinco niños, el mayor de nueve años, con el espanto marcado aún en sus rostros infantiles.

«¡Huérfanos!—explica sollozando una de las mujeres.—Era mi marido el guardián del sanatorio. Una bomba le destrozó la cabeza. No podía abandonar su puesto mientras en el interior hubiese alguna enferma. Y estos cinco hijos quedan sin padre».

La otra mujer, hermana de la viuda, se estremece al recordar el bombardeo. «¡De milagro salimos con vida!». En los ojos de los mozos hay un resplandor de fiereza. Esa misma tarde salieron para el frente.

La información de los periódicos sobre el caso criminal del Sanatorio Lago produce indignación. Pero los ánimos se exaltan todavía más cuando se sabe que también ha sido bombardeado el Preventorio Infantil, cerca del pueblo indefenso que lleva el mismo nombre del Guadarrama. Dice un periódico:

«En el gran edificio del Preventorio Infantil estaban alojados varios centenares de niños tuberculosos. Sobre ellos han estado lanzando los fascistas sus granadas de artillería. Llegamos al edificio en ruinas. Cubierta la cabeza con los gorritos blancos, desnudo el torso tostado por el aire serrano, lloran los niños con sus caritas de espanto. Otros llaman a gritos con sus voces penetrantes a nombres de mujer, a sus segundas madres, que les miman y atienden. Otros corren por los pasillos, y algunos se lanzan, locos de terror, sobre los visitantes con sus bracitos en cruz. Allí estaban curándose y los ha visitado la barbarie».

526001

### Excesos cometidos por los "civilizadores blancos" y por las hordas africanas

Conforme avanza el mes de agosto, la conflagración va tomando cada día mayores proporciones. Varios aeroplanos de guerra, procedentes de Alemania y de Italia, caen en manos de las fuerzas leales. Francia y Rusia temerosas de provocar una nueva guerra europea, mantienen su neutralidad irritante. Han creído que con esa fórmula—inaceptable en Derecho Internacional por estar de por medio un Gobierno legítimo, reconocido por todas las naciones, al cual se le niega apoyo—los regímenes fascistas dejarán de respaldar a los militares revoltosos. Sólo a fuerza de dinero, dinero adelantado, consigue el Gobierno español efectuar algunas compras al otro lado de los Pirineos.

Contrasta con la actitud de París y del Kremlin el fervor de los trabajadores rusos y franceses. Tanto ellos como los de otros países hacen contribuciones y dejan parte de sus salarios para ayudar al pueblo español en armas. Y junto con la voz de los obreros llega de Inglaterra un nuevo manifiesto de cuarenta y dos intelectuales británicos, en el que ratifican su mensaje anterior. Lo encabezan firmas que algo significan en materia de ci-

Esta obra es propiedad del  
SIBDI - UCR



vilización y de cultura: H. G. Wells, Norman Angell, David Low y Gilbert Murray.

Los de la otra «cultura», los «blancos» de la antihistoria, continúan cometiendo excesos que casi no se conocen en América ni en el resto del mundo. ¡Por algo y para algo controla el capitalismo las agencias de publicidad! Vale la pena que se lean detalles como los siguientes, suministrados por corresponsales de periódicos que no pertenecen al grupo fascista, pero cuya neutralidad y cuya sobriedad no es posible poner en duda:

Del «News Chronicle», agosto 9.—«Nuestro corresponsal en Gibraltar informa que las dificultades financieras con que tropiezan los sublevados españoles, desmoralizan a sus tropas en aquella región. Se dedican entonces los militares rebeldes a cometer toda clase de atropellos. En las paredes de las principales esquinas han fijado cartelones, en los que se avisa a los habitantes que deben entregar sus joyas y todo el oro y la plata que posean, bajo pena de muerte. Para comprobar que el ofrecimiento de esta pena es efectivo, han fusilado a más de doscientos vecinos y disparan, sin motivo alguno, sobre toda clase de transeúntes. En las casas de los que han podido escapar entran grupos de facciosos, la mayor parte marroquíes, y se llevan cuanto encuentran. Los prisioneros y los rehenes son tratados con refinada crueldad. En La Línea asesinaron el domingo a más de trescientos de uno y otro sexo».

El señor F. L. Kerran, candidato a diputado por Bedfordshire, Inglaterra, después de visitar durante tres semanas varios frentes de batalla, ha dicho por radio, y ha publicado en varios periódicos independientes de la Gran Bretaña, una relación pormenorizada de sus observaciones. El señor Kerran dice, en síntesis: «Al principio de la guerra los trabajadores españoles tuvieron que luchar, valga la expresión, a puñetazos, contra fuerzas disciplinadas, organizadas y con armamento de primera clase. Los facciosos, desde que comenzaron la sublevación, no han sabido lo que es hacer prisioneros; todos los dirigentes de las organizaciones obreras que han caído en su poder han sido inmediatamente fusilados. Sobre la actitud de la iglesia católica he hecho investigaciones personales en las ciudades y en los pueblos de Aragón; y he descubierto que, tres días antes de estallar la revuelta, desaparecieron de sus curias numerosos sacerdotes en compañía de grandes terratenientes. Este detalle lo he podido confirmar con los habitantes de decenas de poblados por donde he podido pasar. Hay actualmente millares de clérigos peleando en las fuerzas rebeldes, y hay grandes cantidades de armas y de municiones en templos y en fincas de comunidades religiosas. La iglesia, desgraciadamente, se dejó convertir en instrumento de la reacción contra los trabajadores. Y el caso es más lamentable y más penoso si se recuerda que el mayor contingente del ejército antidemocrático está formado por antiguos presidiarios, enrolados en la legión extranjera, y por mahometanos que siempre han sido enemigos de los católicos».

**Los saracenos no quieren dejar a Mahoma por ningún otro Dios**

Las informaciones transcritas son ratificadas, el 15 de agosto de 1936, por cinco niños hechos prisioneros en Extremadura. Sus declaraciones se dan a la publicidad el 16, en los más importantes diarios de Madrid. Aseguran que se les prometió esplendor en el pago, buena comida y respeto a su religión. Se les dijo, además, que la campaña sería corta y triunfal, ofreciéndoseles tierras en Andalucía, en Murcia y en Valencia como recompensa a su concurso. Pero el desengaño suyo ha sido inmenso al ver que las promesas no se cumplían, y cuando se les contestaba que no protestaran y que



se pagasen ampliamente con el botín de las poblaciones que cayeran en sus manos.

Respecto de religión dicen estos moros prisioneros que no están de acuerdo con lo que se hace, pues los obispos y los sacerdotes los bendicen y les cuelgan medallas y escapularios, lo que ha dado lugar a violentos incidentes, pues los mahometanos no quieren dejar a Mahoma por ningún otro Dios. Terminan sus quejas los citados marroquíes afirmando que en las filas fascistas hay muchos extranjeros con mejor soldada, sobre todo técnicos italianos de artillería, que los tratan como a seres inferiores.

Los periódicos de Madrid publican en la misma fecha crónicas impresionantes de los estragos y actos de vandalismo, cometidos por los sarracenos, en algunas poblaciones andaluzas que lograron dominar al mando de los militares «nacionalistas». Es inexplicable, es monstruoso—comentan los periodistas madrileños— que los generales que tenían por misión defender a España, hayan traído al territorio de la patria a estas hordas africanas, excitándolas al combate con el presunto saqueo de las hermosas ciudades españolas, de sus castillos, de sus monasterios históricos, y con la violación de sus mujeres.

Y se refieren al hecho de que en las ropas de varios moros muertos en la lucha se hayan encontrado joyas, patenas de oro, cálices, copones, una mitra y rosarios de concha nácar. Esta confusión de religiones y de idearios, de blancos y de rojos, se hace más intrincada cuando se sabe por medio de documentos fehacientes que el general Cabanellas y casi todos sus compañeros son masones. Pero a pesar de su alto grado en la masonería, publica lo siguiente el «Heraldo de Aragón», periódico católico, con fecha 11 de agosto de 1936:

«Ayer, a las diez y media de la mañana, se presentó el señor general Cabanellas en el sagrado templo del Pilar. Lo acompañaban el canónigo don Rosendo Cortés y dos jefes del estado mayor. Llegó el general hasta el camarín de la Virgen e hizo de rodillas breve oración en el presbiterio. Ascendió después devotamente a las gradillas para adorar y besar el manto de nuestra Virgen Santísima».

¡A cuántos trabajadores, a cuántos hombres de izquierda mandaría fusilar ese mismo día el catolicísimo masón!

---

Indudablemente que hay un maremágnum de idearios, de razas y de religiones entre los sublevados. Si no se tratara de la conmoción más cruenta que sacude a España, podría decirse que este maremágnum llega a los límites de la comicidad. Aun el nombre de fascistas que a terratenientes, moros, obispos, presidiarios, aristócratas y militares cobija por parejo, resulta mal aplicado. Pero este no es el momento de discutir ideologías sino de parar mientes en la realidad. Y la realidad es que los facciosos siguen recibiendo el auxilio constante de Portugal, de Italia y de Alemania, en tanto que el Gobierno sólo puede sostenerse de milagro, gracias a la resistencia sobrehumana y heroica del pueblo español.

Los leales capturan a mediados de agosto varios aeroplanos enviados por estas dos últimas potencias. Los periódicos publican fotografías de dichos aparatos y el nombre de los pilotos extranjeros que los piloteaban. Se refieren, además, a la necesidad de que el Gobierno proceda enérgicamente, no con lamentaciones por la neutralidad de Rusia y de Francia, sino con represalias económicas.

¡Que los países de quienes se tengan pruebas de que ayudan a los insurrectos, pierdan el trato de favor y de hospitalidad que sus ciudadanos



y sus capitales reciben en España; que se prohíban sus industrias y comercios en territorio nacional; que no haya trabajo para ellos!

El Gobierno republicano no se resuelve a proceder de acuerdo con estas sugerencias. Da, por el contrario, toda clase de excepcionales garantías a los alemanes, a los italianos y a los portugueses que quieran seguir viviendo en España o que tomen la resolución de abandonarla.

Y su benevolencia, el liberalismo del «régimen feroz de Azaña», llega a máximos extremos si se piensa que todavía en la segunda quincena de agosto, a merced de un espionaje fascista perfectamente organizado en la propia capital, ni siquiera se había decretado la censura en las oficinas postales. «¡La correspondencia es inviolable!»—proclaman estos buenos liberales de la República Española.

El literato don Manuel Azaña, el crítico que escribió la interpretación realista de Don Quijote, el ex-Presidente del Ateneo quiere demostrar en todos sus actos que la República no necesita de la violencia ni del crimen para defender—empleo sus propias palabras—la cultura y la democracia contra las fuerzas tenebrosas del pasado.

### Fusilamiento de los generales Goded y Fanjul

El 12 de agosto de 1936 llega un telegrama de Barcelona. Se le da publicidad sin comentarios, sin grandes títulos, sin fotografías espeluznantes. Cuatro líneas que dicen: «A las seis y media de la mañana se ha cumplido la sentencia dictada por el Consejo de Guerra sumarísimo, que juzgó a los exgenerales Goded y Burriel».

Seis días después aparece en los periódicos esta otra noticia: «La Sala Sexta del Tribunal Supremo, constituida en Consejo de Guerra para juzgar al exgeneral Fanjul y al excoronel Fernández Quintana, ha sentenciado de acuerdo con la petición fiscal. La condena inevitable ha sido cumplida esta mañana, a las cinco, en la Cárcel Modelo».

El fusilamiento de estos altos jefes militares, después de haber sido juzgados de acuerdo con la ley, indica palmariamente que el Gobierno de Madrid no procede como lo están haciendo los fascistas, quienes continúan ejecutando en masa en aquellas regiones que han invadido. Cuando se conozcan los detalles de los miles de inocentes sacrificados, juzgará el mundo hasta dónde arrastran y bestializan la ambición, la codicia y el odio de hombres que confiesan haber nacido sólo para guerrear, es decir, para matar.

Sin embargo, no obstante los hechos, no obstante el terror que siembran los militares y los sarracenos, se publican en la prensa capitalista del exterior informaciones truculentas sobre la «crueldad» del régimen republicano, integrado por «hordas de comunistas y de fieras humanas que se despachan por igual con nacionales y extranjeros». A estas acusaciones contesta don José Giral, Presidente del Consejo de Ministros, dirigiéndose a los responsables de distintos países:

«Una de las cosas más torpes que los sublevados y sus cómplices de afuera vienen diciendo, es que se ha constituido un Gobierno rojo en Madrid. En el Gobierno, como ustedes saben, no hay ministros socialistas ni comunistas, a pesar de que son las fuerzas obreras las que están salvando a España de la barbarie. Ni hemos formado un Gobierno rojo, ni se trata de establecer una dictadura de izquierda. Tratamos simplemente de salvar las conquistas democráticas del pueblo que da su sangre por ellas.

»Respecto de las garantías y de las consideraciones que tienen aquí los extranjeros, se incurriría en un grave pecado de ingratitud si no se reco-



nociese que el Gobierno español, en los momentos más críticos de esta rebelión, y cuando se están sacrificando miles de vidas, no sólo protege, como es su deber, la seguridad personal y los bienes de todos los extranjeros, sino que ha demostrado de modo patente que ello constituye un motivo principal de preocupación para nosotros. Y no digo más porque creo que en esto no hay máximum de deber, sino un deber normal para todo Gobierno de país civilizado».

## Manifiesto del Partido Comunista

El 18 de agosto lanza un manifiesto el Partido Comunista español, en el que se enjuicia con merecida severidad la sublevación antidemocrática de los militares y se ensalza el heroico comportamiento del pueblo. «Queremos evitar a nuestro país el peligro de nuevas militaradas—dicen los comunistas—. Queremos vivir en paz con todos los pueblos del mundo. Defendemos las más puras esencias de la democracia. Luchamos porque los obreros tengan un salario remunerador, y porque no vuelvan a ser azotados por el espectro del paro y del hambre. Luchamos por una legislación justa y por la igualdad de derechos políticos y sociales del hombre y de la mujer. Luchamos porque los campesinos tengan tierra suficiente para poder vivir. El bienestar para todos es lo que deseamos. Y nosotros sabemos que esto es posible dentro de nuestra República democrática. Por eso la defendemos, como defendemos las libertades a que tienen derecho Cataluña, Euzkadi, Galicia y Marruecos. Respetamos las ideas religiosas, tanto como deseamos que sean respetadas las nuestras. Pero combatimos a los mercaderes de la religión, a todos aquellos que de los conventos y de las iglesias han hecho centros de conspiración y de espionaje, transformándolos en fortalezas dirigidas contra el pueblo».

Pocas semanas antes, el 15 de julio de 1936, había declarado el líder comunista de Francia, Mauricio Thorez: «Todo lo que queremos es un poco más de bienestar para la clase trabajadora dentro del régimen actual. Somos enemigos de la gran propiedad capitalista, pero no de los pequeños propietarios, quienes deben protegerse con mayores facilidades de crédito para aliviar su situación. Estamos de acuerdo con los socialistas en que hay que hacer algo en favor de estas pequeñas empresas y en favor también de la clase media. Debo repetirlo: un poco más de bienestar para los trabajadores, dándole a la democracia sentido económico».

La situación es clara. Únicamente la testarudez, la pasión o la mala fe pueden proclamar, en el caso concreto de España, que allí la República se está comunizando. Lo que podría decirse, lo que debe afirmarse es que el comunismo se republicaniza y comprende que cumple con su deber, que cumple con sus postulados de mejoramiento colectivo, apoyando decididamente a la democracia contra la dictadura de las minorías privilegiadas.

### Sólo puede dominarse a la reacción debilitándola económicamente

¿Pero cómo acabar con la dictadura de las minorías privilegiadas? ¿Cómo disminuir su poder incontrastable, si poseen las tres cuartas partes de la riqueza del país? El instinto popular no se equivoca. ¡A los grandes terratenientes, a los banqueros que son amos y señores de las finanzas, a los aristócratas y a los dignatarios de la iglesia que atesoran millones, hay que vencerlos en el frente económico pues su aplastamiento en los campos de batalla sólo sería a medias!



Es indispensable también, y así lo dicen los periódicos, depurar el servicio diplomático, depurar el magisterio, depurar las oficinas públicas en donde siguen todavía, fainadamente guarecidos, miles de funcionarios monárquicos y fascistas que en cualquier momento traicionarán a la República.

El Gobierno no puede oponerse al clamor de los combatientes, cuando hasta el exconde de Romanones ha escrito en periódicos franceses: «A los sublevados contra el pueblo español, en las mayores condiciones de iniquidad, es necesario aplicarles íntegramente el código de justicia militar. Y quienes les apoyan y financian deben purgar también el grave delito que han cometido contra la patria».

En el Ministerio de Instrucción Pública empiezan a higienizarse sus departamentos, sobre todo en la sección universitaria. En Relaciones Exteriores quedan cesados varios centenares de diplomáticos, quienes estaban soñando con la reinstalación de los Borbones en el poder. Se dan las gracias por sus servicios—¡y se les jubila!—a numerosos jueces y magistrados que siempre fallaron en perjuicio de los desposeídos.

En lo económico, a reserva de dar cuenta en su día a las Cortes, se dispone la rebaja del cincuenta por ciento en alquileres mensuales inferiores a 201 pesetas, y se concede una moratoria para satisfacer los atrasados; se decreta intervenir las explotaciones mineras y establecer una ordenación de la energía eléctrica; y el Consejo de Ministros, después de mucho meditarlo, acuerda incautarse de la Compañía Trasatlántica, como ya se había hecho con la Transmediterránea, perteneciente al contrabandista Juan March, financiador principal de los generales insurrectos.

Todo esto se hace dentro de la ley, con la simple aplicación del artículo 44 constitucional. Y allí donde el Gobierno no procede, las organizaciones obreras toman la ofensiva contra las demás fortalezas económicas de la reacción, sin olvidar a la plutocracia eclesiástica cuyos bienes muebles e inmuebles suman miles de millones de pesetas.

De todo lo expropiado se hacen inventarios rigurosos. Las joyas de arte quedan al cuidado de una junta nombrada por el Gobierno. Los inmensos valores en efectivo van directamente al Ministerio de Hacienda, para proseguir la lucha contra sus antiguos propietarios, cómplices del cuartelazo. Ni una sola peseta se extravía. Quien pretendiera dejársela sería expulsado del sindicato a que pertenece y sometido a severa sanción. ¡Estos son los trabajadores españoles, a quienes la propaganda reaccionaria no tiene escrúpulo en señalar con los más feroces adjetivos!

### Metralla sobre los jefes del Partido Socialista

¿A esto se llama comunismo? ¿A esta expresión de la voluntad nacional que se opone a la violencia de quienes han pretendido sojuzgarla? «Las concesiones que se hicieron a la reacción, las transacciones que se le brindaron, las contemplaciones de que fueron objeto los privilegiados por parte de la República,—dice *El Liberal*—no tuvieron la virtud de someterlos al régimen legalmente constituido. Los generales insurrectos son aquellos a quienes se les dió mando, suponiendo que harían honor a su promesa de lealtad. Pero han faltado a esta promesa los que más honores y preeminencias recibieron de la República.

«El mismo Sanjurjo a quien se le indultó de la pena de muerte, y a quien después se le amnistió para que pudiera disfrutar de todos sus haberes y de todas sus jubilaciones, fué otro de los sublevados. ¿Sublevado contra qué? ¿Sublevado contra la piedad y contra la generosidad de las izquier-



das? La santa indignación del pueblo contra la traición y contra la deslealtad no puede estar más justificada. Nuestra República no puede seguir siendo, como en el siglo XIX, un régimen de cuartelazos. Lo que se combate es la traición. Lo que repugna es la deslealtad. Lo que se quiere aniquilar es la tiranía del fascio, nombre moderno que han adoptado el carlismo, los espadones, los terratenientes, la iglesia y todas las fuerzas tenebrosas de la época feudal».

¡Mas cuánta sangre, cuánto dolor y cuánto sacrificio tienen que hacer los españoles, las grandes mayorías vilipendiadas, para defenderse del ataque brutal de estos señores entorchados que han vuelto sus armas contra la España heroica de 1936! En el frente del Somosierra siguen cayendo centenares de milicianos. En Andalucía, en Extremadura, en la nación vasca, en las sierras, en ciudades populosas y en pequeños caseríos se oye constantemente el tableteo de las ametralladoras que siembran desolación y muerte.

Acá en el Guadarrama, a dos horas de Madrid en automóvil, se registran diariamente los más feroces ataques de los marroquíes y de los aviadores extranjeros contra las milicias populares. Sol estival que quema como el fuego. Trágico silencio en las llanuras que atravesamos a gran velocidad. Chozas humildes incendiadas. Ambulancias de la Cruz Roja que regresan a la ciudad con su carga sangrante. Grupos armados que nos detienen e identifican. Llama en sus ojos el fervor revolucionario, el fervor del pueblo que se opone a la fanfarria de espuelas y de sables. Sus manos callosas que antes manejaban la hoz y conducían el arado, aprietan ahora con fiereza las culatas de los fusiles.

A pocos metros del automóvil en que viajan don Francisco Largo Caballero y don Julio Alvarez del Vayo han caído pedazos de metralla. Todos los días visitan el frente los líderes del Partido Socialista. Y el espionaje trabaja con tal eficiencia que la vida de estos compañeros corre grave peligro. Diputados, periodistas de izquierda, funcionarios del Frente Popular, chequeados por la vigilancia enemiga cuando salen de la ciudad, han rendido ya su tributo a la patria. Varios amigos hacemos ver a los jefes socialistas el peligro que corre el movimiento de liberación: «No exponerse tanto. Soldados hay muchos. El pueblo entero». La contestación no admite réplica: «Con nuestra presencia tenemos que dar ánimo a los milicianos».

### Hombres generosos y valientes que mueren en defensa de un ideal

Los hospitales de sangre se multiplican en Madrid. Están llenos de heridos el de San José, el del Niño Jesús, el de Santa Adela, el del Puente de Vallecas, el Equipo Quirúrgico y el Hospital General.

Frente a los amplios portones centenares de personas preguntan por sus deudos. Se informa de los muertos y se dan detalles sobre los que no han sido identificados. Padres, madres, hijos, hermanos, salen con la sonrisa de la esperanza en los labios. Otros se van tristes o llorando. Estos se dirigen a los pabellones en donde está el familiar, el amigo o el novio a quien se buscaba. No se oye un comentario. Es un desfile silencioso. El setenta por ciento de los que inquieren noticias son mujeres. «Mujeres de todas las edades—comenta un escritor—. Por la edad se adivina el parentesco». Una viejecita achacosa, trémula, pregunta por su nieto.

—¡La luz de mis ojos! Es de la Juventud Socialista. El domingo desapareció de casa y no sabemos nada de él.

Una muchacha andaluza—no tendrá veinte años—se acerca a la ventanilla más próxima:



—Quiero saber si ha caído mi novio—. Y da un nombre. Se hace una hoja de información. Ha de volver por la tarde. Sale del local con la cabeza baja y con los ojos humedecidos por el llanto. Pensará seguramente: «¿Qué me dirán más tarde?» ¡El dolor de esperar tiene un profundo tono dramático!

Hay emoción en esta frase copiada de mis apuntes, sin recordar si es propia o ajena. Y la hay también en lo que sigue:

«Se llama Calabuig y es chofer. Ocupa la cama número 54 del Hospital de San José. Tiene heridas graves en el pecho y en la frente, causadas por la explosión de una bomba de artillería enemiga en el sector de Somosierra. Conducía un coche que ocupaban seis combatientes. Todos resultaron muertos por un grupo numeroso de rebeldes, moros y sacerdotes entre ellos. Tuvo tiempo de iniciar la retirada, defendiéndose en medio de una lluvia de plomo, hasta llegar a la columna leal para informarle sobre la situación de los atacantes. Con la cara ensangrentada, con un dolor horrible en los ojos ennegrecidos por la pólvora, con el cuerpo destrozado pudo llegar hasta la primera avanzadilla de milicianos. Dijo lo que tenía que decir y cayó sin sentido sobre el volante».

La información transcrita, multiplicada miles de veces, no puede ser más lacónica. ¡Pero cuánto dice! Esta es la España de hoy, la España de ayer, la España eterna de hombres generosos y valientes que luchan y mueren en defensa de un ideal. Esta es la España en pie, erguida con toda su pujanza. La España consciente de sus derechos, que no será dominada por los que sólo quieren una sociedad de amos y de siervos, de señores y de ilotas, de tiranos de mandoble y de víctimas ultrajadas.

### Llegan María Teresa León y Rafael Alberti

A fines de agosto se confirma el fusilamiento del gran poeta y dramaturgo Federico García Lorca. Este nuevo crimen de los sublevados produce natural consternación entre escritores y artistas de la Alianza de Intelectuales para Defensa de la Cultura.

Allí me entero de que pudieron salvarse en Ibiza, milagrosamente, María Teresa León y Rafael Alberti. Acaban de llegar a Madrid. Poco rato después estoy con ellos, quienes a la hora del almuerzo me cuentan detalles de su larga odisea. Estaban en aquella isla cuando estalló la insurrección. Los militares sublevados quisieron tomarlos presos como rehenes. Lograron huir al monte, pudiendo ocultarse hasta que llegaron y vencieron las fuerzas republicanas. Escapó también con vida Ramón Araquistáin, hijo del famoso autor de «La Agonía Antillana».

En la nutrida biblioteca del incautado palacio de la Alianza, oyendo a la escritora y al poeta, están Xavier Abril, José Bergamín, Ramón J. Sender y otros valores de la nueva España intelectual. Alberti nos cuenta de las vejaciones y de los atropellos que sufrieron los habitantes de Ibiza durante las tres semanas de régimen fascista que tuvieron que soportar. Y relata, conmovido, sucesos increíbles del 19 de Julio en Barcelona. A su paso por la ciudad condal, de regreso a Madrid, pudo comprobar cómo es cierta la versión de que los trabajadores se apoderaron de varias piezas de artillería que amenazaban al pueblo desde las bocacalles, lanzándose sobre los artilleros en automóviles con velocidad de 150 kilómetros por hora. En distancias cortas era cuestión de segundos llegar a los cañones. Varios milicianos se mataban, pero la pieza quedaba en poder de los leales sobrevivientes.



## El resentimiento de Unamuno

La conversación gira en torno de la gran mayoría de hombres de letras cuya actitud es francamente democrática, y de la minoría que está con la anti-patria. Se habla de Unamuno, del viejo escritor y maestro glorificado y jubilado por la República. El 30 de septiembre de 1934 se le nombró Rector vitalicio de la Universidad de Salamanca, se creó la cátedra libre «Miguel de Unamuno» y fué dado su nombre al Instituto Nacional de Bilbao. En su peroración de despedida a los alumnos dijo don Miguel:

«¡Ojalá vinieseis todos henchidos de frescura, sin la huella que os han dejado quince o veinte exámenes, y trayendo a estos claustros no ansia de notas, sino sed de verdad, aire de la plaza, del campo, del pueblo, de la gran escuela de la vida espontánea y libre! Tenéis que descubrir a nuestro pueblo tal como por debajo de la Historia vive, trabaja, espera, ora, sufre y goza. Debéis comprenderos y consentiros unos a otros». Y en aquel entonces recalaba el señor Unamuno estas palabras: «Más ha ganado Cervantes para España en su Quijote, hijo de la palabra, que ganó don Juan de Austria con su espada en la batalla de Lepanto».

Ahora don Miguel, a quien podría excusársele un cambio de frente con algún don Juan de Austria contemporáneo, lo ha tenido; mas no precisamente con vencedores en batallas de Lepanto sino con Cabanellas, Queipo de Llano, Mola, Franco y comandantes negreros como Doval y Bravo, llamado en España «la hiena» y «el verdugo de la represión de Asturias». Es el mismo que con el grado de capitán estuvo en Costa Rica y casi mata a puntapiés, en mi oficina del diario *La Opinión*, al escritor guatemalteco Ricardo Gómez Carrillo. Con bárbaros de esos está Unamuno, y con «financieros» de la talla y de la fama de Juan March.

«Lo de Unamuno es un caso grave de megalomanía—explica Ramón J. Sender—. Es, en otras palabras, un caso agudo de resentimiento: con Jesucristo, con Budha, con Mahoma, con todos los que han sonado y seguirán sonando más que él. Acá en España a nadie le reconoce méritos. Cuando murió Valle Inclán creyó que lo alababa demasiado cuando dijo: «Tenía imaginación ese pobre chico». He allí a Unamuno, he allí al hombre cuyos defectos aumentan con la edad».

El Gobierno republicano, sin estas frases jubilosamente sarcásticas de los escritores jóvenes, da un decreto el 22 de agosto de 1936, separando de sus cargos al veterano profesor. A sus insultos, a su pasión achacosa, no contestan con el mismo lenguaje don Manuel Azaña ni el Ministro de Instrucción Pública, don Francisco Barnés. Al viejo maestro se le separa de sus cargos y de sus comisiones con un profundo sentimiento de pena. Así lo explica el citado decreto en las siguientes palabras:

«El Gobierno ha visto con dolor que don Miguel de Unamuno y Jugo, para quien la República había reservado siempre las máximas expresiones de respeto y devoción, y para quien había tenido hondas muestras de afecto, no haya respondido en el momento presente a la lealtad a que estaba obligado, sumándose de modo público a la facción en armas». Y en dos artículos que no parecen redactados en tiempo de guerra, se toma la decisión de darle las gracias por sus servicios.

### Al hombro el fusil y en la mano una guitarra

Se anuncia el primer bombardeo aéreo de Madrid, tomándose disposiciones para proteger a la población civil. Pero el pueblo madrileño hace mofa de



todo. Se ríe alegremente de las batallas que gana Queipo de Llano desde el micrófono de Sevilla. Se ríe de Gil Robles que manda telegramas desde Lisboa a Burgos y a Valladolid, ordenando a los rebeldes que resistan porque los militares seguirán recibiendo su ayuda moral y el apoyo material de March. Se ríen, en fin, de los pilotos que esa noche van a bombardear el Ministerio de la Guerra.

Y entre estos aviadores citan a Juan Ignacio Pombo. El del vuelo «a las Américas» con un pequeño retraso de seis meses. El que ha dado el mote de «aviadores pombos» a los camareros cachazudos. El que salió a bombardear un asilo de niños y encontró al llegar que ya todos eran viejos. El que en una república centroamericana perdió el apéndice. ¡Feliz apéndice! Salió retratado y ampliado en periódicos de Costa Rica. ¡Y el Gobierno de Lerroux hizo que se condecorase a los médicos que lo extrajeron sin matar al aviador!

Esa misma tarde, cuando se oye redoblar de tambores y toque de clarines, se reúne una impresionante multitud en la Puerta del Sol. A ella desembocan torrentes humanos de las calles que la rodean: Alcalá, Carrera de San Gerónimo, Arenal, Carretas, Carmen, Mayor, Preciados, de la Montera, Correos y Espoz y Mina.

El entusiasmo se desborda cuando aparece el primer regimiento de milicianos marchando a los acordes del Himno de Riego. Desfilan desde la Estación de Atocha los soldados del pueblo que han llegado de Valencia para combatir a los rebeldes. Desfilan también varios batallones de Ciudad Real, entre los que marchan numerosos mineros de la zona de Puertollano.

Hacia las siete, dos horas antes de apagarse las luces de la ciudad para tener defensa contra las bombas de los aviones, llega una columna del coronel Mangada. La gente se apiña en las aceras, en los balcones, en los techos de tranvías y de automóviles, frente al Ministerio de la Gobernación.

El pueblo aclama a los combatientes y da vivas estruendosos a la República, a la democracia, al Frente Popular. ¡U. H. P.! ¡U. H. P.! ¡U. H. P.!

La multitud corea el famoso grito de guerra de los mineros asturianos: ¡Uníos, hermanos proletarios! ¡U. H. P.! ¡U. H. P.! ¡U. H. P.!

Es el pueblo que palpita al unísono con los héroes que han salido de su propia entraña. Es el pueblo que se defiende. Es el pueblo marayilloso de nuestros antepasados que marcha victoriosamente hacia un porvenir mejor.

Pienso conmovido en las naciones de América, en México, en nuestras pequeñas repúblicas centroamericanas, cuando me hacen volver a la realidad, a la realidad de España, los compatriotas con quienes he pasado la tarde. Otra vez el Himno de Riego. Un nuevo batallón. Y en la última fila un soldado que al hombro lleva el fusil y en la mano una guitarra.

### **Veintidós bombas en quince minutos de ofensiva aérea**

Esta desaprensión de los madrileños indica que no creen en las amenazas de bombardeo. Se trata de una ciudad abierta; no tiene objetivo estratégico el sacrificio de civiles; piensan, además, en razones de humanidad y en el derecho de gentes. ¡Si acaso—habrán dicho en corrillos—unas cuantas bombas sobre las guarniciones militares de la capital!

Han olvidado que las instrucciones de los jefes facciosos, publicadas en sus periódicos y transmitidas por radio a toda la nación, no dejan lugar a duda: no tener misericordia con enemigos ni con neutrales, cualquiera que sea su sexo, edad y condición; sembrar el terror en toda forma; ametrallar hospitales de sangre, ambulancias de la Cruz Roja y guarderías infantiles; fusilamiento inmediato de diez izquierdistas por cada rebelde que los tribunales mixtos condenen a la última pena; desconcertar, en una palabra, a las autori-



dades y a los moradores de las poblaciones que tengan a tiro de cañón o de aeroplano.

Y de acuerdo con esa táctica «civilizadora»—la misma de Italia en Abisinia—, amparados en las tinieblas de la media noche del viernes 28 al sábado 29 de agosto de 1936, tres aviones de los sublevados dejan caer sobre plazas, edificios y calles de Madrid veintidós bombas en quince minutos de ofensiva aérea. Hombres y mujeres se refugian en los sótanos de las casas y en los subterráneos del «metro», con sus hijos en brazos, cuando las sirenas han dado el aviso de peligro. El terror y la congoja hacen presa de las madres que abrigan y protegen con su cuerpo a los pequeños críos. El rencor y la protesta se reflejan en los rostros de padres y de hermanos.

Cada día se hace más honda la escisión entre el porvenir y lo pretérito. La minoría cavernaria, por lo visto, está dispuesta a continuar en armas contra el pueblo español. ¡Es que los generales con cruces de sufrimiento, el alto clero, los capitalistas y los aristócratas no conciben la moral ni la cultura sin el castigo afrentoso de sus riendas, de sus báculos y de sus blasones! Han comprobado que no tienen combatientes de su propia religión ni de su propia raza. Y siguen apretando entonces sus filas con mahometanos del Africa—ellos que dicen ser católicos y que se hacen llamar nacionalistas—; y reforzando sus arsenales con los más modernos instrumentos de matanza que Italia y Alemania ponen descaradamente a su disposición, burlando así el famoso pacto franco-ruso de neutralidad.

### Se intensifica la campaña fascista contra la democracia española

Pero más eficaz que el apoyo bélico, que los tanques y que los cañones de las potencias fascistas, es la propaganda que éstas hacen contra el régimen democrático que preside don Manuel Azaña. Mensajes difamatorios por medio de sus bien organizadas agencias de publicidad. Micrófonos trabajando día y noche en favor de las tizonas. Empleo constante de los términos «comunismo», «hordas rojas», «la canalla rusa», refiriéndose al Gobierno del Frente Popular. Así tratan las dictaduras europeas de impresionar a los incautos de uno y otro confín de la tierra.

«Es necesario—me dicen algunos intelectuales de Madrid—contrarrestar la intensa y descabellada propaganda fascista». Y se muestran complacidos de que yo, hispanoamericano, pueda dar a conocer ampliamente la realidad española en tierras de América. Rafael Alberti, con su imaginación andaluza, con su fantasía de gran poeta, habla de conferencias, de artículos, de comités, de festivales. El y sus compañeros me repiten: «Aquellos pueblos que han vivido la democracia estarán de nuestro lado».

Yo también me contagio de optimismo. El entusiasmo ambiente por la causa del pueblo me hace olvidar cómo es difícil hacer que vean los ciegos de conveniencia, y cómo es empresa romana llevar luz al entendimiento de los que no lo tienen. En naciones, sobre todo, controladas como están las nuestras por grandes corporaciones capitalistas de información, la tarea de poner la verdad en su sitio tropezará con enormes dificultades. En estos medios así lo real como lo falso se agrandan y desfiguran. Y hay que vérselas con la falacia de los que entornan los ojos al hablar de patriotismo, y con la sapiencia de rebuznadores contumaces que llevan en la solapa la encarnada insignia de la Legión de Honor.

Publicidad de agentes y corresponsales imperialistas; ignorancia o sabiduría por obra de encantamiento; y mala fe de los que escupen la palabra comunismo cuando se defiende a los humildes y se ataca a generales y a



vendepatrias, son enemigos difíciles de dominar. A estas eminencias criollas —Pacheco tenía por lo menos la virtud de guardar silencio—podría decirseles que no saben lo que significa comunismo, ni lo que es fascismo, ni en qué consiste la doctrina socialista. Y podría también agregarse que en Cuba apoyaron a Machado; a Tinoco en Costa Rica; en Venezuela a Juan Vicente Gómez; en Nicaragua a Díaz, Chamorros y Moncadas; a Sánchez Cerro en el Perú; en México a Victoriano Huerta; y que llenaron de improperios a Sandino.

¿Qué de sorprendente tiene, por lo tanto, que se entusiasmen y alboroten con el ruido de las espuelas y de los sables españoles? Si viviesen en tiempo de Bolívar habrían estado con Monteverde, con Morillo, con Boves, a distancia por supuesto de su Legión Infernal y de la trágica ciudad de Uricua. En México hubieran denigrado a Juárez. Y en Cuba habrían batido palmas al señor Capitán General don Valeriano Weiler y Nicolau.

Pero, desgraciadamente, cuanto se escriba y se demuestre será inútil. Los hispanoamericanos tienen mala memoria y siguen creyendo en los que nunca han hecho otra cosa que traicionarlos y venderlos.

### ¡Jefazos maricas!

Es necesario, sin embargo, no traer a la memoria pensamientos que puedan debilitar la labor que estamos en la obligación de llevar a cabo los que todavía creemos en la democracia, cuando ésta tiene un contenido estructurado de justicia social. Y sin dejarme vencer por lo que pueda ocurrir al otro lado del Atlántico, ayudo en lo que puedo desde el micrófono de la Unión General de Trabajadores.

Allí, en ese centro de lucha dinámica, puedo comprobar que los hispanoindios residentes en Madrid son enemigos declarados del cuartelazo militarfascista, a pesar de la actuación ya comentada de algunas legaciones de la raza. Médicos, escritores, estudiantes, Ricardo Cornejo, J. Enamorado Cuesta y varios miembros de la Federación Universitaria Hispanoamericana, hablan repetidas veces en la citada estación a los compañeros de sus respectivos países.

Una de esas noches tengo compromiso de dirigirme a mexicanos y centroamericanos. En compañía del poeta Centeno Güell y del representante de LIBERACIÓN en España, Luis Felipe Ibarra, llego con media hora de anticipación a las oficinas de la U. G. T. Por instrucciones del Ministerio de la Guerra todas las luces de la capital se han apagado. Hay temor de un nuevo bombardeo aéreo.

Al terminar mi alocución, a obscuras, con puertas y ventanas cerradas para que ni siquiera pase al exterior el reflejo de los bulbos, se nos informa que espera un automóvil para llevarnos a nuestro domicilio. El chofer, armado, valiente, aguerrido, es hombre de confianza. Salimos y tomamos el coche a tientas. No hemos caminado cien metros cuando surgen de las tinieblas cuatro milicianos que nos apuntan con sus fusiles.

—¡Alto! ¡Encended la luz interior de ese automóvil! ¡Los documentos! La consigna!

El chofer saca sus papeles, pero como buen baturro no da la consigna.

—Bien, compañero, los documentos están en orden. ¡La consigna!

—¡No apuntéis! Ya os mostré los documentos. ¿La consigna? ¡Jefazos maricas!!

—Perdonad, compañeros, pero tenemos instruccions de pedir siempre la consigna. Andar con cuidado porque seréis detenidos varias veces. Cui-



darse de los «pacos», encendiendo solamente la luz más débil allí donde haya curvas.

Continuamos nuestro camino hasta llegar a las calles de Altamirano, frente a «La Andaluza», fábrica de churros, buñuelos y tijeringos. Tres cuartos de hora dura el trayecto que corrientemente se hace en diez minutos. Ni una violencia, ni un atropello, ni amenaza alguna por parte de los soldados del pueblo. «Dispensad, compañeros», nos dicen los milicianos cuando piden los papeles. Y al ver nuestros pasaportes, expedidos por las autoridades de una pequeña república centroamericana, entran medio cuerpo en el coche para darnos un abrazo.

Al bajar del automóvil exclama el chofer, rascándose la cabeza: «Ya estoy tranquilo. La «carga» leal ha llegado sin novedad a donde viva o muerta tenía yo que dejarla».

### El pensamiento realista de don Francisco Largo Caballero

Faltan pocos días para mi viaje de regreso por Valencia, Barcelona y Francia. Me dedico a visitar organizaciones obreras y centros culturales: la Casa del Pueblo que es un hormiguero humano, el local de las Juventudes Socialistas, el Ateneo, la Unión Iberoamericana, la Alianza de Intelectuales Antifascistas, el Sindicato Nacional de Banca y los más importantes organismos de la Unión General de Trabajadores. Agitación. Constantes llamadas telefónicas. Servicio de cocina. Confección de uniformes para los milicianos. El cerebro y el músculo ayudando a la defensa de España, en peligro de ser dominada por la fuerza bruta.

Aprovecho también el tiempo para cambiar impresiones, por última vez, con amigos y compañeros cuyo afecto, cuya estimación, han sido fraternales. Y para despedirme del Ministro de Estado, don Augusto Barcia Trelles; de don Carlos Esplá, Subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros y Ministro actual de Propaganda, quien me ofrece los datos y las informaciones necesarias para que en América se conozca la verdad de lo que ocurre en España; de los muchachos de *Leviatán* y de *Claridad*; de Pascual Tomás, Felipe Pretel, del Rosal, Alvarez del Vayo, Araquistáin y Largo Caballero, quienes me oyen robando minutos al intenso trabajo que demanda la guerra civil. Todos ellos tienen una gran fe en el respaldo, moral siquiera, que puedan dar a la democracia española los pueblos hermanos de América.

---

Don Francisco Largo Caballero, este hombre fuerte, limpio, afeitado, de ojos azules y penetrantes, con más de medio siglo de experiencia en la lucha social; este batallador incansable, vestido ahora de miliciano, que acude todos los días a levantar con su presencia el espíritu de los combatientes en el Guadarrama; este vigoroso jefe socialista, a quien la propaganda reaccionaria presenta en sus mensajes y en sus críticas como a un furibundo destructor de vidas y de haciendas, me habla con calma, con serenidad, con llaneza extraordinaria, de los problemas que se presentan a su país como resultado de la sublevación militar.

Don Francisco se da cuenta cabal de las consecuencias de la lucha. Afirma que esta contienda armada provocará, ya la está provocando, una honda transformación política y económica de la sociedad española. Y con la simplicidad de quien sabe manejar las armas en pro de un ideal capaz de poner en práctica, me explica cómo las fuerzas antihistóricas han acelerado



lo que pudo haberse hecho sin la violencia que tanto temían y que ellas mismas han venido a desatar.

«Pero pudo haberse hecho aquella transformación después del triunfo electoral de las izquierdas—aclara el líder socialista—, si los republicanos hubieran comprendido la imposibilidad de conciliar intereses irreconciliables. Creyeron, desgraciadamente, que bastaba con promulgar leyes que no se cumplen. Y con escribir y pronunciar discursos defendiendo, por ejemplo, la reforma agraria, no obstante que los campesinos de Andalucía han contestado una y otra vez: «No comemos tierra». Hasta que ha venido lo que usted está viendo, provocado no por los que nada tienen sino precisamente por los dueños de todos los derechos y de todas las ventajas: la cuartelada de mayores proporciones que registra nuestra historia. Y junto a esa cuartelada la gran revolución de un pueblo que se defiende desesperadamente. Ahora sí es verdad que las viejas instituciones se desmoronan. Y el Gobierno tendrá que ponerse a tono con la nueva realidad que están creando las masas trabajadoras».

Agrega Largo Caballero que si los políficos, los que se hacen llamar moderados, los que no tienen conciencia revolucionaria, pretendiesen volver al sistema de las transacciones de épocas pasadas, esta horrible tragedia volvería a repetirse en el transcurso de muy pocos años, porque la reacción tomaría nuevos bríos para seguir ahogando al pueblo.

«Y esto—exclama—no puede ser. Sería inconcebible que después de esta hecatombe continuase el actual régimen de privilegios, de economía privada, de simple republicanismo sin contenido social. La base del orden es la justicia. El hambre, la miseria, la explotación, constituyen una tremenda injusticia. Y mientras no se la remedie, mientras no se reste poder a los capitalistas y se transforme decididamente la infraestructura de España, seguiremos teniendo conflictos y choques inevitables entre oprimidos y opresores».

Estas palabras me recuerdan lo que dicen los periódicos desde que estalló la conflagración: «La guerra no se hace sólo en el frente sino también en la retaguardia». La retaguardia son los señoritos vagabundos que no tienen otro oficio que el de hacer trabajar a los demás, las grandes empresas, los ferrocarriles, los bancos, los latifundios, las enormes propiedades eclesiásticas; la economía, pues, de la nación, que no puede seguir al arbitrio de los detentadores.

«Hace algunos meses—prosigue el hoy Presidente del Consejo de Ministros de la República Española—presentamos un programa que el Gobierno no ha puesto en vigencia sino parcialmente. Y no crea usted que se trataba de postulados integralmente socialistas. Unos cuantos puntos básicos, que nada tienen de radicales ni de utópicos, y que hubieran permitido una revolución desde arriba. Para realizar estos postulados, no desde luego de la noche a la mañana, porque estas cosas deben hacerse paso a paso y con medidas y elementos técnicos, habría sido suficiente un poco de mano firme. Pero de esta expresión, mano firme, y de lo que ella significa, se asustan los mismos que han estado durante siglos bajo la dictadura oprobiosa de militares, de jesuitas, de banqueros, de explotadores insaciables. Y en cambio, tal vez porque a ella están acostumbrados, no se dan cuenta de que han nacido y viven bajo esa dictadura cruel e infamante que solamente a los privilegiados aprovecha, que nunca por lo tanto beneficia a las mayorías, y que acaba con todo vestigio de dignidad humana».

El señor Largo Caballero pide a su secretario los postulados a que acaba de referirse. Nacionalización de la Banca. Adopción de medidas contra



la fuga de capitales. Expropiación de los grandes latifundios, respetando la pequeña propiedad rural. Desarrollo de un extenso plan de política hidráulica. Urbanización de las poblaciones campestres, dotándolas de medios sanitarios y de elementos culturales. Transformación radical de todos los institutos armados. Transformación del régimen de prisiones y abolición inmediata de la pena de muerte. Cumplimiento de las leyes promulgadas por las Cortes Constituyentes en beneficio de los trabajadores. Ratificación parlamentaria de los convenios aprobados por la Oficina Internacional del Trabajo. Sanciones penales para los patrones que vulneren la legislación social. Autonomía de Cataluña y de las demás regiones que lo soliciten, como reconocimiento de su propia personalidad dentro de la unidad española.

### **78.000 africanos con la media luna en tierras católicas de don Pelayo y del Cid, para oponerse a un ideario tan simple como el esbozado**

Leo estos puntos del programa socialista, y no acierto a comprender las razones que haya tenido el Gobierno de la República para no aceptarlos.

¿Acaso la Banca no está nacionalizada en la Alemania de Hitler y en la Italia de Mussolini?

¿Es que no son buenos al sur de los Pirineos los reglamentos aprobados en Ginebra por la Oficina Internacional del Trabajo?

¿Puede, en justicia, calificarse de rojos y de extremistas a los partidos que pugnan por dotar a los campesinos con medios sanitarios y culturales?

¿No ha sido, por ventura, más radical que todo eso el Presidente Roosevelt con su política del «nuevo trato»?

Aun en monarquías como Suecia, Holanda, Noruega, Dinamarca, Bélgica, la Gran Bretaña, está protegido el proletariado con más amplias ventajas que las arriba enunciadas. Sin embargo, la propaganda fascista se ha echado encima de este viejo luchador cuyas manos fuertes acabo de estrechar al despedirme. Y no sólo sobre él, sino también sobre la administración republicana que no se atrevió, cuando todavía era tiempo, a debilitar la fuerza económica de la casta cerril que está ahora en armas contra el sufrido y explotado pueblo español.

¡Rojos! ¡Pagados por Rusia! ¡Hordas feroces de asesinos e incendiarios! Así llaman a los del Frente Popular los enemigos de la justicia social. Los católicos «nacionalistas» que han invadido a su patria con 78.000 moros mahometanos. Los «blancos», impugnadores de la violencia, que siembran el terror y echan por delante, haciendo la señal de la santa cruz, a los cabileños del Africa. ¡La media luna desplegada a los cuatro vientos en tierras de Castilla! ¡Manes de don Pelayo y del Cid!!

### **Los catalanes demuestran su españolismo dando la vida en los campos de batalla**

2 de septiembre de 1936. Estación de Atocha. Milicianos. Registro de equipajes. Presentación de documentos. Miles de pasajeros esperando varios trenes para salir de Madrid. A las nueve de la noche inicia su largo recorrido el expreso a Valencia y Barcelona. Abrazos, apretones de mano, pañuelos que se agitan.

En la mañana del día siguiente estoy en la populosa y animada ciudad de Blasco Ibáñez. Ocho horas después he llegado a la ciudad condal, dejando



atrás la muralla romana de Sagunto; el pintoresco pueblo de Vallcarca en que Rubén Darío, durante cuatro meses, escandalizó a los vecinos con tomar el sol en pijamas; y la población acogedora de Benicarló, conectada con la isla de Peñíscola, en donde estuvo refugiado el Papa Luna Bonifacio XIII. (Datos son éstos de Centeno Güell que me acompaña.)

En Barcelona, después de los sucesos sangrientos del 19 de julio y de la rápida victoria del Gobierno de la Generalidad sobre las guarniciones sublevadas, la vida parece ser normal. Enormes multitudes en las ramblas, que se aglomeran en la de los pájaros y en la de las flores, para oír noticias de la radiodifusora oficial sobre los últimos movimientos de la guerra civil. Avances, retiradas de leales y de facciosos. El público aplaude y prorrumpen en grandes vítores cada vez que se anuncian victorias del Frente Popular.

En las fachadas de los más céntricos edificios, en los vestíbulos de los teatros que son ahora del pueblo, en las esquinas de plazas y avenidas pueden leerse grandes cartelones a colores:

«Les milicies us necessiten».

«Allisteu-vos a les Milicies Antifeixistes».

«Intervingut per la Generalitat de Catalunya».

Y también, como en Madrid, avisos sanitarios en tranvías y en el «metro»:

«No es permés fumar ni escopir».

Pero los catalanes, como los madrileños, fuman y escupen.

¡También demuestran su españolismo dando la vida en los campos de batalla!

### Palabras del Presidente de la Generalidad

Don Luis Companys me recibe en su oficina privada del bellissimo palacio de la Generalidad. De regular estatura, afable pero de enérgico ademán, me narra emocionado cómo fué la tremenda lucha del 19 de julio de 1936.

«Todas las guarniciones—dice—estaban sublevadas, con excepción de los guardias de seguridad y de la guardia civil que era para nosotros una incógnita. La Generalidad sólo disponía de trescientos fusiles. Pues con esos mosquetones, y con el heroísmo de las masas populares, la sublevación fué debelada en catorce horas. ¡Un milagro! Milagro del pueblo barcelonés, milagro del pueblo catalán que no esperó el ataque de los insurrectos, sino que conquistaba las posiciones de los militares y el equipo bélico que tenían emplazado en varios puntos estratégicos de la ciudad. A las siete de la noche la democracia había dominado a los traidores. Y aquí, en esta misma oficina, desde este escritorio, el general Goded anunció su derrota y relevó a sus compañeros de los compromisos que hubiesen contraído con él, en discurso radiado a toda la República».

El señor Companys me confirma que, efectivamente, desde el 18 de agosto la Generalidad ha colectivizado la economía catalana y ha establecido el control obrero en todas las grandes industrias. Se estudia, además, la forma de suprimir los diversos impuestos para llegar a la implantación del impuesto único. Y se están formando sindicatos de campesinos para el desarrollo de la gran propiedad rústica, así como de los productores agrícolas que explotan la pequeña y la mediana propiedad.

«Todo esto—explica el jefe del Gobierno catalán—son los comienzos de un nuevo Estado, nacido de la revolución inatajable que ha provocado la codicia derechista. Y debemos proceder enérgicamente, porque nuevas debilidades, nuevas contemplaciones, podrían causar otra catástrofe. De la anti-



gua organización nada quedará en pie, puesto que ya estamos atacando la fuerza económica de la caverna insaciable. Así, de acuerdo siempre con los poderes de la República, vamos transformando en Cataluña las viejas relaciones de producción; intensificando el régimen cooperativo; controlando las operaciones financieras hasta llegar a la nacionalización de la Banca; regulando técnicamente la economía de la Generalidad».

El señor Companys desea saludar por mi medio a los catalanes de América. ¡Que no se dejen impresionar por lo que digan y publiquen los enemigos del pueblo español y los enemigos del pueblo catalán! Quisiera tener cerca a sus paisanos, a los que atravesaron el Atlántico para conquistar una vida mejor y un merecido bienestar que no podían tener en su propia tierra. Y está seguro este auténtico revolucionario de que sus compatriotas, al enterarse de lo que ha ocurrido en España, estarían de lleno con la reivindicación social que empieza por fin a realizarse.

«Es necesario tomar en cuenta—continúa diciendo—que los militares, inconscientes como son del momento en que viven, cometieron la torpeza de lanzarse a la calle cuando las organizaciones obreras y campesinas estaban en plena madurez. Por eso han vencido los trabajadores. Y de allí que no podamos evitar la revolución. Y aun cuando pudiéramos, no debemos evitarla. Ni debemos asustarnos de lo que suceda. Ni debemos, tampoco, obstaculizar los impulsos del pueblo que ha ganado la batalla. Mucho dolor y mucha sangre está costando el ataque criminal de las derechas, para que alguien pueda imaginarse que todo seguirá en España como estaba el 18 de julio. La nueva organización social de la República; el abatimiento económico de la reacción, la más cruel y la más cerril de Europa; lo que venga, en todo caso, será siempre menos malo que lo que hemos tenido: ¡Tacaneo insolente de botas militares y humillación y miseria de las masas trabajadoras!».

Respecto al nombre de fascismo con el cual se cobija la reacción, externa Companys los siguientes conceptos: «Hitler y Mussolini han tenido que pregonar el mejoramiento de los trabajadores, ofrecer ciertos postulados de justicia social, llegar a la estatización de determinadas industrias. De esta manera, y a base de nacionalismo, han arrastrado legiones de juventud dinámica que defienden, por lo menos, una ideología: agresiva, imperial, es cierto, pero al fin nacionalista. Aquí, por el contrario, se trata de un movimiento conservador, estático, contrahecho. ¡Militares, clero, terratenientes, aristócratas y mercenarios africanos que pelean por ellos! ¿Qué estructuración cultural, espiritual o material pueden tener? Solamente los guía un impulso: desprecio y odio a «la chusma de alpargatas».

«Contra ese «fascismo» nos mantendremos en pie hasta dominarlo. Tengo cincuenta y tres años. He luchado desde mi juventud. He ido a la cárcel varias veces. Nada vale mi vida sino para cumplir con mi deber de hombre y con mi deber de gobernante. El 19 de julio pude haberme fugado en avión, pero preferí acompañar al pueblo en la lucha sangrienta para darle ánimo. Si me hubiesen muerto habría coronado honrosamente mi labor. ¿Qué más hubiera querido? ¡Y que nos insulten y difamen los pretorianos y sus defensores! Dentro de medio siglo se hará plena justicia a los que fuimos leales y abrimos el camino para que se organizara en España un nuevo orden social, menos injusto, menos cruel, más acorde con un alto sentido de humanidad».

Estas fueron las últimas palabras de don Luis Companys, cuando ya estaba yo de pie, con el sombrero en la mano, después de un fuerte abrazo y de una despedida cordialísima.



## Lo que opina don Fernando de los Ríos

Segunda semana de septiembre de 1936. Trabajo agobiador en la Embajada de España en París. El poeta Luis Cernuda, la escritora Concepción Albornoz, los funcionarios de más alta categoría y los que desempeñan comisiones o puestos de menor importancia, todos están animados por la fe republicana, por la esperanza en el triunfo del Gobierno democrático. Su labor se hace más difícil en un ambiente en el que dominan e impresionan al público las informaciones falsas de los grandes periódicos capitalistas.

He hablado varias veces con don Fernando de los Ríos, quien apoyando su palabra mesurada en un hondo conocimiento del espíritu español, se refiere a la brutal acometida de los espadones. Opina el ilustre escritor y maestro que este golpe de militares está condenado al fracaso, porque no es un movimiento nacido de la entraña popular. «Recuerde usted—me dice—que en mi patria no triunfa sino aquello que está íntimamente vinculado con el pueblo. No hemos tenido aristocracia en el sentido griego de la palabra. Y ello hace imposible que entre españoles pueda afianzarse una tesis anti-democrática, sostenida o impuesta por minorías privilegiadas».

Escuchando las frases de este gran educador de varias generaciones, pienso cómo es verdad que en su tierra no tiene arraigo sino lo que produce el demos. Eso es lo perdurable, lo que vive a pesar de los años y de los siglos, y no lo que gira en torno de señoritos jaraneros ni de la espuma aristocrática. Los más altos símbolos del pensamiento, de la cultura, del arte, de la política; los conquistadores y los colonizadores de América; la obra, en suma, de la España creadora y eterna, surgió siempre del pueblo. Y eso explica que en Madrid, en Barcelona, en Valencia y demás capitales de la península conozcan hasta los más humildes ciudadanos, y los consideren como propios, a valores consagrados por la fama que no nacieron precisamente en cuna de oro.

En cambio, y esto pude constatarlo, nadie que no sea un erudito o un historiador sabe la biografía de los numerosos príncipes enterrados en El Escorial. Los Carlos, los Fernandos, los Felipes, los duques y las infantas de Orleans, las mujeres de Austrias y de Borbones, los yernos, cuñados, sobrinos y nietos de los distintos monarcas, unos de Hungría, otros de Saboya, éstos de Baviera, aquéllos de Montpensier o de Neuburg, son nombres que no suenan en España.

Acaso por su estatura de pensador, por su intensa obra españolísima, se venera la memoria de don Alfonso X el sabio. Allí está, en la Plaza de Oriente, frente al Palacio Real, en mármol de Carrara, acompañado de varias reinas de Castilla: doña Urraca, doña Blanca, doña Berenguela. ¡Y codo a codo, también, con aquellos fantásticos reyes que se sucedían en el poder destruyéndose unos a los otros, así llevarán en las venas la misma sangre: los monarcas visigodos Recaredo, Leovigildo, Liuva, Tendiselo, Ordoño, Wamba, Atamagildo!

La conversación con el docto de los Ríos, perdida en la lejanía y en la hondura de la historia española, ha vuelto a la tragedia actual en que están muriendo miles de hombres por esa democracia que ancestralmente han sentido. Y hablamos de nuestras repúblicas hispanoamericanas y de las colonias españolas que en ellas residen. «De Francia sólo nos separan los Pirineos. Sin embargo, a pesar del océano, estamos más cerca de ustedes que de esta tierra francesa». Y agrega don Fernando, en relación con la actitud, de nuestros países en el conflicto español:

«No es posible que las democracias de América, ni los españoles que



han podido vivir y prosperar lejos de una patria en que la injusticia los ahogaba, estén de acuerdo con la rebelión de los militares. Tal vez la distancia y la publicidad tendenciosa no les permitan juzgar ni comprender el momento actual de España. Junto a la rebelión ha estallado la revolución, provocada y acelerada por quienes gozaban de todos los privilegios; no por el pueblo que no hace más que defenderse heroicamente del ataque. Este movimiento, el más hondo que hemos sufrido, es el crisol dramático de la España nueva que ya alborea».

### ¡Cobardía frente a Hitler y a Mussolini!—exclama Jean Cassou

Hablo esa misma tarde con Jean Cassou, quien se muestra intensamente conmovido por el asesinato del poeta García Lorca y por los fusilamientos en masa que están llevando a cabo los verdugos del pueblo español. En conversación anterior que con el gran escritor francés había tenido, en su oficina del Ministerio de Instrucción Pública, expresó su sentimiento por la actitud del Gobierno de León Blum. Para Jean Cassou las democracias europeas están acobardadas frente a las dictaduras de Hitler y de Mussolini.

«Si queremos oponer una barrera a los avances del fascismo, Francia, España, la América Latina, deben unirse, comprenderse, ayudarse, formar una entidad ideológica, vivir la verdadera democracia que ya no es la misma del siglo XIX». Recuerda que hace un mes le dijo el Presidente Azaña: «Es ahora que se empieza a derrumbar la monarquía». Y lamenta Cassou, una vez más, que el Gobierno de Francia no ayude al Gobierno de España, «a sabiendas de que la rebelión de los militares no va enderezada solamente contra la República, sino que es un feroz y criminal ataque de los privilegiados contra la inmensa mayoría de los trabajadores españoles».

### Declaraciones de don Alvaro de Albornoz

El Embajador de España, don Alvaro de Albornoz, excandidato a la Presidencia de la República, confía en la pujanza de un pueblo como el suyo, que siempre ha sabido mantener su independencia. Desea regresar cuanto antes a Madrid, en donde ocupará de nuevo la alta posición de Presidente del Tribunal de Garantías. Sólo espera la llegada de Luis Araguistáin, quien viene a hacerse cargo de la Embajada.

Al señor Albornoz le preocupa extraordinariamente que los enemigos de su Gobierno persistan en desacreditar a España, valiéndose de todas las formas de publicidad de que pueden disponer. Y su carácter no se presta para estar en lucha constante con editores y periodistas, empeñados en desfigurar la verdad de lo que ocurre en España.

«Porque Largo Caballero ha formado Gabinete nos ataca la prensa conservadora de las naciones europeas. ¿Pues qué—pregunta el señor Albornoz—, acaso no vienen dominando los socialistas en Francia con el actual Gobierno? ¿Acaso no han gobernado en Inglaterra los laboristas? ¿Acaso no han tenido cooperación las izquierdas en Bélgica, en Suecia, en la misma España durante el primer bienio de esta segunda República? Usted que ha podido palpar la situación española, bien sabe que no somos una horda roja los que estamos en el poder. Y que para vivir la democracia no hemos necesitado la etiqueta de doctrinas ajenas a nuestra realidad».

En el caso concreto de la cuartelada militar el criterio del señor Albornoz, a propósito de etiquetas, a propósito de nombres, a propósito de



fascismo, coincide con la opinión del Presidente de la Generalidad de Cataluña. «El Estado corporativo italiano—afirma don Alvaro—, como el nazismo alemán, ofrecen características propias que nada tienen de común con estos generales facciosos. Pero el estar apoyados nuestros militares en rebeldía por los regímenes fascistas de Europa; el formar un solo bloque antidemocrático los unos y los otros, ha hecho posible que a la reacción en España se la confunda con los movimientos estructurados de Hitler y de Mussolini. El error, usted lo ve, no puede ser más palpable. Dictadura cavernaria contra democracia, barbarie contra los postulados de mejoramiento social que ha defendido la República, tal es por desgracia la realidad de España. ¡Y lo que resulte de esta hecatombe tendrá que ser definitivo! Ya no es posible la política generosa del Frente Pópular, con hombres y con instituciones medioevales que quieren detener la marcha de la historia”.

### **Doña Dolores Ibarruri sonríe piadosamente al verse difamada por los que ganan indulgencias**

Al día siguiente me presentan en la Embajada a doña Dolores Ibarruri, “La Pasionaria”, pintada por los reaccionarios como una fiera humana que monta sobre cañones y se solaza descuartizando a quien se le ponga por delante. Tiene en la mano un ejemplar de “L’Action Française”, periódico católico que al mismo tiempo trafica con la restauración monárquica.

Leo lo que en gruesos caracteres asegura este diario parisiense, cuyos píos accionistas no irán al purgatorio por los muchos años de indulgencia que tienen ganados. Que “La Pasionaria”—informa el virtuoso cotidiano—hizo exponer el día anterior a un pobre monje, en plena calle de Alcalá; y que delante de una multitud salvaje se lanzó sobre él y a destelladas le hendió el cuello hasta cortarle las venas y matarle.

Pero eso es poco. En Barcelona una mujer del pueblo, embarazada, no pudo dominar el horror que le produjo el linchamiento de algunos sacerdotes delante de ella. Hace apenas una semana de este bárbaro espectáculo—afirma el periódico—, precisamente durante una visita de “La Pasionaria” a la ciudad condal. Y como la infeliz mujer del embarazo no pudo controlar sus nervios y empezó a dar gritos, los rojos decidieron castigarla haciendo salir al niño del vientre materno a golpes de bayoneta. Por supuesto, “La Pasionaria” dirigió el ataque de los catalanes.

Doña Dolores Ibarruri, diputado a Cortes por Oviedo, una bondadosa y culta dama vestida de negro, sonríe piadosamente ante semejantes difamaciones. “Así es la propaganda fascista—exclama—. Acabo de llegar de Bruselas en donde he dictado una serie de conferencias. ¡Y “L’Action Française” publica a grandes títulos que en Madrid y en Barcelona yo estaba degollando monjes y provocando alumbramientos a golpes de bayoneta! No concibe doña Dolores cómo se puede llegar a estos extremos de calumniosa propaganda anticristiana. Ni concibe tampoco la crueldad sin nombre de las derechas, que han llevado a España, a miles de trabajadores, a esta infame carnicería, en la que perecen por igual culpables e inocentes.

Al interrogarla sobre la actuación concreta de su partido en España, me dice sin el más leve titubeo: “El comunismo ocupa un puesto de vanguardia en defensa de las libertades populares, en defensa de la República, en defensa, por lo tanto, del Gobierno de don Manuel Azaña, libremente electo. El Partido Comunista, consciente de su responsabilidad histórica, está con alma y vida luchando por la democracia. El Gobierno de España es un gobierno legal, y nosotros lo apoyamos porque es la representación legítima



del pueblo. Sabemos que la historia no camina a saltos, por lo que adaptamos nuestra política a las necesidades del momento que vive nuestro país. Es falso asegurar que el Gobierno español se ha vuelto rojo porque nos hemos unido a los partidos democráticos, enfrentándonos todos juntos a la reacción que ha tomado el nombre de fascismo”.

Tocante al problema de Marruecos cree doña Dolores que es fácil resolverlo, como lo tienen resuelto los comunistas españoles en su programa. Autonomía del Rif. Libertad inmediata de Abd-el-Krim. En su concepto ha faltado visión en los hombres que gobiernan, pues no hay derecho de sojuzgar a ningún pueblo ni a ninguna raza. Y en lo que concierne a la unidad española opina “La Pasionaria” que lo indicado es hacerla efectiva, por medio de la autonomía de las provincias, por medio de un sistema federal, acabando en esa forma con la centralización de todos los poderes en Madrid. “Si así lo hubiésemos hecho en el siglo pasado—termina—no habríamos perdido a los países hermanos de América”.

### **La caverna española no ha querido conformarse con la nueva modalidad que rige al mundo**

En frases simples, alejadas de todo terror y de toda violencia, explica Dolores Ibarruri los alcances del comunismo en España. Los sindicalistas, por su parte, habían mantenido siempre su tesis de no intervención política, antes de la hecatombe actual. Y el Partido Socialista, aún en aquellos días en que los pistoleros de Gil Robles asesinaban a los trabajadores desarmados, cuando salían de la Casa del Pueblo, predicaba moderación a los miembros de sus sindicatos, «porque el hacerse justicia por propia mano es táctica que no responde a ninguna doctrina».

Al ser ultimado Calvo Sotelo declararon los dirigentes del socialismo: «Somos partidarios de la revolución, pero de la revolución organizada y consciente que traiga consecuencias siempre humanas, sin falsear los postulados de la justicia y del derecho. Condenamos severamente el atentado y no admitimos discriminación alguna entre quienes lo cometieron. La política española no puede estar formada por una cadena de venganzas. Que sean los poderes públicos los que impongan la justicia implacable».

¡Esas son «las izquierdas bárbaras y destructoras»! ¡Esas «las hordas rojas» dirigidas por Stalin! ¡Esos «los enemigos de Dios y de la patria»! Y aliado con las organizaciones de trabajadores, por supuesto, el gobierno del Frente Popular, el gobierno del «monstruo de Manuel Azaña». Un monstruo que jubilaba militares sospechosos de traición; que mantenía en sus puestos a los enemigos de la República; que daba libertad al clero para impartir enseñanza religiosa en sus propios colegios; y que, por añadidura, dejaba a las congregaciones eclesiásticas en poder de todos sus bienes, de sus empresas, de sus tesoros y de sus cobranzas de millones en la pagaduría del Ministerio de Hacienda.

Pero la reacción, «los patriotas», los enemigos del «grosero materialismo», comprendían que el mundo se mueve sin remedio hacia la justicia social; que es inevitable la estatización socialista, como en evolución anterior de la humanidad, al salir de la edad media, fué necesaria la monarquía absoluta para vencer a los señores feudales, en cuyas manos se concentraba la riqueza agraria. Los plutócratas han tomado ahora el lugar de los señores de horca y cuchillo. Y el Estado ya no será el monarca absoluto sino la sociedad entera, representada por los gobiernos que elija, para bien de todos y no de una clase social parasitaria.



La caverna española; la reacción de aquel país en donde los reyes mantuvieron su alianza con el feudalismo del medioevo, a pesar de lo que ocurría en las naciones vecinas de Europa; los obispos, los aristócratas, los detentadores de la riqueza, no quisieron conformarse con la nueva modalidad que rige al mundo. Y se han lanzado contra el pueblo español que en masa los detiene y los derrota, porque es imposible vencer y dominar a un pueblo entero.

Contra hombres, contra mujeres, contra niños, contra la historia misma es el ataque de las castas privilegiadas, con el apoyo criminal de los fascismos extranjeros, con carne alquilada de malhechores, con mesnadas de africanos, con el sable y con la fusta de los capataces de uniforme.

### **Confesión y comunión para los sublevados en el Alcázar de Toledo**

Para disfrazar su bárbaro atentado hablan de comunismo los jefes rebeldes. Y vuelcan sobre sus heroicos compatriotas toda la falacia y todo el cieno de la publicidad que tienen a su servicio. Pero la falsedad y el engaño no pueden prosperar. Sus mismas noticias los condenan. En llamas las ciudades sobre las que dejan caer sus aviones bombas incendiarias. En ruinas la Posada del Sevillano, la plaza de Zocodover y otros monumentos históricos ed Toledo, sobre los cuales disparaban desde el Alcázar. Convertidas en enormes cementerios donde yacen miles de españoles, socialistas o republicanos, vilmente asesinados, Córdoba, Baena, Sevilla, Zaragoza, Aranda de Duero, Miranda de Ebro y otras tierras de la comarca castellana.

El Gobierno, en cambio, ni siquiera sobre Burgos, cueva de los traidores, ni sobre Salamanca, ni sobre Granada, ni sobre ciudad alguna dominada por los facciosos ha lanzado los proyectiles de sus aeroplanos. Intacta se encuentra la Catedral de la cuna del Cid. Intacta la de San Gerónimo en Granada. Intacta la Alhambra. Intactos los conventos y las iglesias y las demás joyas que pregonan la grandeza de España, no obstante que los facciosos las han convertido en fortalezas, defendidas con las mujeres y con los niños puestos por delante para su propio resguardo.

Lo del Alcázar de Toledo es elocuente. La inocencia de los seres ajenos al conflicto, que allí estaban encerrados, que allí estaban prisioneros, esposas e hijos de los militares; lo que hubiera significado su inútil sacrificio, hizo que el Gobierno titubeara. Y a los traidores se les conminó repetidas veces a la rendición con garantía absoluta de su vida; se aprovecharon los buenos oficios del Embajador de Chile; se envió un sacerdote para que los confesara y les administrara los santos sacramentos; se les pidió que sacaran a las mujeres y a los niños. ¡Y por confiar en la piedad de mandobles que nunca la han tenido; por dejar que pasara el tiempo, perdió el Gobierno su dominio sobre la antigua capital, que pudo haber volado con bombas semejantes a las que los militares han hecho caer sobre la población civil de ciudades abiertas e indefensas!

Hay que imaginar lo que hubiera hecho cualquier otro pueblo del mundo en un caso semejante, al verse traicionado, sorprendido, inerme, frente a un ejército de invasores, pretendiendo dominarlo a fuerza de terror y de barbarie.

¡Y hablan todavía de salvajismo estos reaccionarios que han provocado la hecatombe! ¡Y se comparan con los héroes legendarios de Numancia, de Zaragoza y de Gerona! ¡Y tratan de engañar al mundo diciendo que también el Frente Popular tiene extranjeros a su servicio!

Sí, con los milicianos españoles hay soldados de varias latitudes



peleando por la libertad y por la democracia. También Bolívar los tuvo, y los tuvo Washington, y los tuvo Miranda. A la entrada de Puerto Cabello hay un monumento de granito, al que corona un cóndor simbólico. Textualmente dice la placa de bronce:

“En memoria de los ciudadanos norteamericanos Thomas Donohue, Thomas Billopp, Gustavus A. Bergud, Charles Johnson, Daniel Kemper, Miles L. Hall, James Gardner, John Ferris, Paul T. George, Francis Farguharson, compañeros y subalternos del general Francisco Miranda, que ofrecieron sus vidas en holocausto a la independencia de Venezuela el 20 de julio de 1806”. ¡A nadie se le ocurriría decir que Miranda fuese un traidor! Traidores son los que acometen contra un pueblo en la forma en que lo están haciendo los generales españoles de la antihistoria.

### Subpachecos de América

Mas esto no quieren o no pueden comprenderlo los fanáticos de toda clase de dictaduras, ni aquéllos que se impresionan con el dicho interesado de los periódicos. Aun en alta mar, en mitad del océano con dirección a América; aun allí donde uno siente que se olvidan los odios y las pasiones de la tierra firme, la propaganda antidemocrática reclutaba adeptos por medio de radiogramas tendenciosos sobre el conflicto español. La urgencia de terminar estos artículos no me permite comentar las discusiones que escuché en el barco en que venía, ni las que he seguido después oyendo entre «gentes cultas» de estos países.

Baste un simple cuadro en el que se pinta de cuerpo entero la sabiduría de algunas eminencias tropicales consagradas por la fama.

A uno de estos hombres se le acerca el repórter de un periódico. No quiere hacer declaraciones, pero al fin se decide. ¿Sobre España? Declara que todo lo que se haga es poco para darle un golpe de muerte al comunismo. No importa que los rebeldes sean reaccionarios. Hay que unirse hasta con la Inquisición para terminar con las huestes rojas. ¡Y Francia, la madre de la cultura, también izquierdizando!

El hábil redactor se despide, agradece las trascendentales declaraciones que acaba de escuchar, y llena al día siguiente una columna en la que se publica, como adorno, la fotografía del prócer ilustre.

Los que nada saben de estas cosas aplauden y admiran a estos personajes que van con dignidad por esas calles de Dios. Naturalmente que los pobres de espíritu no analizan. El buen señor no ha dicho qué es el comunismo, ni por qué se le debe aplastar, ni en qué se distingue del socialismo, ni cuál es la ideología fascista. Probablemente no conoce una palabra de doctrinas sociales. Pero ha leído cablegramas y artículos en los que se ataca cada día con más furor a las hordas rojas”. Y como en Francia gobierna el socialismo, se horroriza este egregio ciudadano—cuya palabra sapientísima buscan afanosamente los periódicos—de que en la patria de León Blum se acabe la cultura y desaparezca para siempre la civilización.

El no sabe lo que ha hecho el socialismo francés: nacionalizar el Banco de Francia, cuyos dividendos favorecían a cien familias y ahora quedan a beneficio de la sociedad; fijar un salario mínimo vital para que los trabajadores puedan hacerle frente a sus necesidades, a pesar de la depreciación del franco; establecer cuarenta horas semanales de trabajo, de acuerdo con lo estipulado en la Liga de las Naciones. ¡Horror! Se ahoga la cultura, se acaba sin remedio la civilización por estas medidas «rojizantes».

Las líneas anteriores dan una clara idea del ambiente en que se mueven



algunas de estas democracias. Y esto explica que pueda fructificar y desarrollarse la semilla de la tiranía, que por acá se siembra y se abona con tinta de imprenta y con el servilismo de los que necesitan amo que los fustigue.

Desgraciadamente tienen fuerza—¡son grandes figuras!—estos compañeros de don José Alves Pacheco. Que me perdone Eça de Queiroz porque su creación genial—antes lo dije—tenía por lo menos la virtud de no hablar. Los de estas felices parroquias, en cambio, suelen darle demasiado impulso a la elocuencia, con lo cual se demuestra que el portugués gozaba de mayores alcances. ¡Subpachecos de América se podría llamar a los que así desbarran!

Por fortuna estos subpachecos, los intelectualoides, los políticos de aldea, los que van a las conferencias panamericanas, los que de pronto resultan ministros, los que reciben honorarios de las compañías imperialistas, no son Hispano América.

Estos países, estas repúblicas, son el pueblo que siente en su propia carne la tragedia española. Son los altos valores éticos e intelectuales que no están con la ignominia. Son los hombres honrados y dignos que ven la realidad a través de la montaña de difamación que siempre se levanta, a fuerza de mala fe, de ignorancia o de dinero, contra todo movimiento en pugna con los intereses creados y con los privilegios de los explotadores.

### Explicación dialéctica del proceso por el cual atraviesa España

La rebelión reaccionaria que desde el 18 de julio conmueve a España; este brutal golpe de militares, de clérigos y de fascistas contra las instituciones republicanas; este crimen de lesa patria y de lesa humanidad, es bien claro para que abran los ojos quienes llegaron a imaginarse, ingenuamente, que bastaba con el triunfo electoral de las izquierdas para que las ansias y las necesidades de las mayorías quedasen satisfechas.

El proceso por el cual atraviesa España se podría encerrar, dialécticamente, en breves líneas. El período negro de Lerroux y de Gil Robles era una tesis en descomposición que sofocaba a la República. Contra esa tesis vino la antítesis del Frente Popular, que obtuvo su gran victoria en febrero de 1936. Tenían por consiguiente que esperarse, a partir del triunfo en los comicios, los resultados de la síntesis, no en leyes ni en promesas, sino en realidades tangibles.

Pero creyeron los políticos no revolucionarios, ajenos al dolor de las masas, que era posible detener el curso de la historia; acomodarlo a sus buenos deseos y a su temperamento para evitar la violencia; volver, en suma, a la tesis inicial del bienio cedista, con matices superestructurales menos cavernarios.

Y lo que a la postre se saca en conclusión es lo que el mundo está observando: la violencia, la temida violencia, provocada precisamente por los detentadores, a quienes amamantó y fortaleció el liberalismo de los republicanos.

Y también se saca en conclusión que las izquierdas, otra vez cohesionadas ante el peligro, en medio de torrentes de sangre, han dado una lección ejemplar a los que sueñan todavía con el medioevo: a estas clases minoritarias que por conservar todas sus ventajas, netamente materiales, sin sombra alguna de espiritualidad ni de idealismo, se han alzado en armas contra la República, contra la democracia, contra el pueblo, contra las moderadas conquistas de los trabajadores.



**La causa del pueblo español es la causa de la justicia y de la humanidad, frente a esa "civilización occidental" que defienden y encarnan los machetones de América y las espuelas y las tizonas de España**

Lo escrito en estas páginas es la dolorosa realidad que pude observar, atentamente, sobre el terreno de la actual guerra afro-militar-vaticanista. No me he basado en noticias cablegráficas difamatorias. Se trata de hechos irrefutables, que he creído necesario analizar y publicar, como cooperación obligatoria de un hispanoamericano a la causa de España, a la causa del pueblo español, que es en estos momentos la causa de la justicia y de la humanidad.

¡Y que digan lo que quieran aquéllos que allá, como acá en América, por viles y bajos apetitos, traicionan a su patria, traicionan a su Dios, traicionan todo lo más noble de nuestra historia, de nuestra tradición y de nuestra raza!

Pueden ellos quedarse con los mahometanos.

Pueden quedarse con los pilotos fascistas que dejan caer toneladas de proyectiles y de bombas sobre ciudades y aldeas.

Pueden quedarse con los que no han respetado los fueros de la Cruz Roja, ni los asilos de tuberculosos, ni los hospitales de sangre, ni a las mujeres y a los niños que han matado por millares.

Pueden quedarse con los aviadores extranjeros que toman de blanco, para destruirlos y acabar con ellos, el Museo del Prado, la Cibeles, la Puerta del Sol, los Ministerios vacíos, los más notables monumentos artísticos de Madrid y de las otras capitales.

Pueden quedarse, en una palabra, con esa "civilización occidental" que defienden y encarnan los machetones de América y las espuelas y las tizonas de España.

Los que estamos con la otra civilización: la de la justicia, la del derecho, la de la cultura para todos, la de los más prestigiados intelectuales, la de los pensadores y artistas, la de los hombres que trabajan y que sufren, nos quedamos con las milicias populares que mueren por la democracia efectiva, por la transformación social, por la libertad económica que es libertad del pensamiento y del espíritu.

Hace cuatro meses se está librando la gran batalla. ¡En España, en la España gloriosa de nuestros antepasados! Y el triunfo, hoy o mañana, tendrá que ser del pueblo. ¡Llor a ese pueblo heroico que con la lanza en ristre detiene el empuje de los traidores y de los mercenarios!

San José, Costa Rica, octubre y noviembre de 1936.

---



## Resumen de dos discursos ante el micrófono de la U. G. T.

Compañeros de América y de España:

Llegué hace pocas semanas a este país, con ánimo de explicar en altas tribunas cuál es la situación de Hispano América; y con el firme propósito de conocer a fondo la realidad española, de tal manera que la obra revolucionaria del Frente Popular pudiera servirnos de experiencia al otro lado del Atlántico.

Para formarme un juicio exacto de la realidad de España, tenía que observar sobre el terreno los avances de su transformación social y económica. Tenía que ver con mis propios ojos las conquistas obtenidas por la República en beneficio de los trabajadores. Tenía que darme cuenta cabal del mejoramiento de las masas explotadas. De esas masas que, bajo el régimen capitalista, son dueñas únicamente de su dolor y de su miseria, no obstante que todo lo producen con la fuerza de su trabajo.

Era de suponer que con el triunfo de las izquierdas hace cinco meses; que después del bienio negro y de la sangrienta represión de Asturias; que con la victoria en Francia de los partidos de vanguardia y con la cristalización ejemplar del socialismo en Rusia, avanzaría rápidamente España hacia una vida mejor para todos, removiéndolo con valerosa decisión su carcomida, su vieja estructura medioeval.

¡Y yo quería palpar la grande obra! ¡Y regresar después a América, a la América española, a la América nuestra, lleno de fe y de optimismo, con la lección aprendida para que la aprovecharan aquellos pueblos que también están librando una trascendental batalla renovadora! ¡Aquellos pueblos mártires, ahorrados y escarnecidos por el capital doméstico, en contubernio escandaloso con el capital monopolista de poderosas compañías extranjeras!

Pude comprobar, desgraciadamente, a los pocos días de mi llegada a España, que aquí la revolución social no había empezado. Los mismos privilegios del siglo diecinueve. Grandes empresas de transporte en manos de sociedades anónimas privadas: tranvías, ferrocarriles, autobuses. La Banca en poder de un grupo de capitalistas, cuyos dividendos anuales son fantásticos. El negocio de Seguros, que es de carácter social, controlado igualmente por particulares. La vasta red telefónica explotada por una empresa del exterior, de la cual son tributarios forzosos todos los españoles que necesitan aquel servicio. Los militares de la monarquía, jubilados. Jubilados, también, miles de antiguos funcionarios, enemigos de la República democrática. En pleno disfrute de todos sus bienes y de todas sus rentas, como si



nada hubiese ocurrido, aristócratas y herederos de grandes fortunas, amasada con el sudor y con el hambre del pueblo. ¡Indudablemente que la revolución no había empezado!

Mas he aquí que llegan estas gloriosas jornadas de julio. La reacción, en respuesta a la excesiva complacencia del Gobierno republicano, cree llegado el momento de hacer que España dé un salto atrás. A la época de los señores de horca y cuchillo. A la época del poder absoluto del Vaticano y de sus lugartenientes. A la época de la servidumbre infamante. Y se atrinchera en los cuarteles. Y lanza el grito de guerra. Y se echa encima de la República, con el apoyo de los más altos jefes militares y con la bendición apostólica de los prelados católicos.

De nuevo la inquisición. La cruz y el cadalso. La crueldad. La barbarie. El pasado ya muerto que quiere revivir. ¡Y no se oye la voz del Papado diciendo a sus ovejas que condena la matanza! Y se inicia la lucha con el nombre de fascismo.

Pero no contaba la reacción con la actitud heroica del pueblo. No contaba con las organizaciones de obreros y de campesinos. No contaba con estos ejércitos de hombres y de mujeres que toman las armas y dan jubilosamente su vida por la libertad, entre vítores y aclamaciones al Frente Popular.

Ahora sí empieza la revolución. Ahora sí toma contenido social la caída de la monarquía. Ahora sí podrá llamarse a España república de trabajadores.

Y el mundo entero tiene puestos sus ojos en la gesta española. Y los luchadores de América saben que sus compañeros de España—hijos todos de los mismos padres, nietos de los mismos abuelos—están escribiendo con su sangre la página más emocionante de la historia de esta patria común.

De esta patria que dió a luz un continente y que, sin embargo de su alumbramiento, ha dejado de ser nuestra madre—matrona envejecida—para convertirse en la hermana que vibra, en nuestra hermana vigorosa con experiencia de madre.

Esta heroicidad emocionante, esta epopeya, este dolor y estos muertos, reconcilian a España con las que fueron sus colonias. Ya saben las milicias españolas cómo hay que luchar contra el pasado para forjar el porvenir.

Contra ese pasado, contra ese régimen de privilegios, contra el feudalismo monárquico, contra la crueldad y la tiranía de un gobierno cerril e intransigente, se alzaron los próceres de la independencia en América. No fué aquella una guerra contra España, sino una guerra civil contra el Poder que ahogaba también al pueblo español.

Miranda, Bolívar, Morelos, Sucre, Hidalgo, San Martín, los miles de criollos y de españoles «indianos» que en Colombia, en México, en Venezuela, en el Perú, tomaron las armas para vencer o morir, hechos estaban de la misma pasta e inflamados con el mismo espíritu de estos bravos combatientes que hoy defienden a la República española.

Aquellos soldados fueron los precursores de estos milicianos que en 1936 defienden la libertad con igual arrojo y entereza.

Si pudieran removerse las cenizas de Bolívar; si pudiera traérsele a este siglo y a esta situación en que España se debate, una vez más pondría su espada al servicio de la libertad. Pero no de la libertad política sino, sobre todo, de la libertad económica de las masas oprimidas.

Porque la plutocracia contemporánea ha esclavizado a las mayorías proletarias. Y frente a la esclavitud, frente a la miseria, frente a la explotación, frente a la FALTA DE LIBERTAD de los trabajadores intelectuales y manuales, el Libertador y quienes lo siguieron estarían de nuevo contra estos espadones que en el siglo veinte—como sus antecesores hace más de cien años— no tienen escrúpulo en sacrificar miles de vidas para instaurar de



nuevo un régimen absurdo que mantenga los privilegios de la casta privilegiada.

Ahora sí ha empezado la revolución. Ahora sí están unidas España y la América española. El triunfo del Frente Popular es nuestro triunfo. Cada victoria del pueblo español repercute y se refleja en las masas trabajadoras de aquellas repúblicas hermanas.

¡Viva el Frente Popular! ¡Viva la democracia española! ¡Viva Hispanoamérica!

Madrid, 7 de agosto de 1936.

Trabajadores intelectuales y manuales de la América española:

Por segunda vez, invitado a usar este micrófono de la Unión General de Trabajadores, me dirijo, desde Madrid, a los pueblos hispanoamericanos. A aquellos pueblos que sienten, en su propia carne y en su propio espíritu, el dolor del pueblo español. Pero que sienten también, en su carne y en su espíritu, las mismas ansias de liberación y la misma heroicidad de los milicianos españoles, cuya sangre generosa es el abono fecundo de la nueva sociedad sin privilegios.

Varios compañeros de nuestros países, patrocinados como yo lo estoy esta noche por la Federación Universitaria Hispanoamericana, han dicho su palabra vibrante y conmovida a los millones de proletarios que en ultramar nos escuchan. Uno de ellos habló para las Antillas. Otro para la América del Sur. A mí se me pide que lo haga para México, Panamá y Centro América.

Todos cumplimos gustosos con nuestra misión, porque estamos viviendo la tragedia actual de España. Y porque presentimos la tragedia de América, si allá no se pone coto a la insaciable e inhumana dictadura de los capitalistas criollos y de los imperialismos extranjeros, amos y señores de vidas y de haciendas.

Poco tendrían que decir a los mexicanos. Ellos han hecho su revolución. Se han enfrentado al capital monopolista de las grandes potencias. Están por fin venciendo a las minorías detentadoras. Luchan contra prejuicios ancestrales. ¡Y durante un cuarto de siglo se les ha escarnecido y calumniado por su intensa obra de transformación social!

Lo mismo sucede ahora con España, no obstante que las derechas han provocado esta hecatombe, sin paralelo en la historia de la península. Por ambición de los militares, por sordidez de los privilegiados, asiste el mundo al espectáculo maravilloso de un pueblo que a través de la muerte, ofrendándole todo, trata de mejorar su vida.

Y no se hable de comunismo ni se saquen a colación otras doctrinas radicales. Nada que no fuese lenidad con reaccionarios y plutócratas había en la República española. Elocuentes, más que las palabras, son los presupuestos del Estado para el primer semestre de 1936. ¡Más de 770 millones de pesetas distribuidos entre espuelas y mandobles! ¡Sólo en clases pasivas, para militares retirados de guerra y marina, para estos militares enemigos de la democracia republicana, 112.401.765.00 pesetas! ¡Y para el clero, por haberes a extinguir, 8.250.000.00 pesetas! ¡Y para la plutocracia, para los tenedores de bonos del Estado, para grandes compañías privilegiadas, 520 millones cada seis meses!

Con esto, sin embargo, no se conformaban. Ni con sus enormes riquezas acumuladas. Ni con la libertad irrestricta de sus periódicos. Ni con



seguir manejando sus empresas y cobrando sus dividendos. Querían otra vez el poder que el pueblo les negó en los comicios. Y se lanzaron contra este pueblo hidalgo y sufrido, que muy poco en realidad había ganado con la caída de la monarquía.

No se diga tampoco de jacobinismo. La Constitución de la República española establece en el artículo 27 la libertad de conciencia, el derecho de profesar y de practicar libremente cualquier religión. Y en el artículo 48 reconoce a las iglesias el derecho de enseñar sus respectivas doctrinas en sus propios establecimientos. Así ha podido estar en vigencia una Historia Universal, en la que se niega el origen del mundo de acuerdo con las teorías científicas, para basarse en el Génesis. Y en la que se desfigura la revolución francesa y se califica a los trabajadores de La Commune como a «tropas de asesinos e incendiarios que se apoderaron de París». (P. Ramón Ruiz Amado, S. J.)

Todo eso y mucho más ha permitido la República. Pero al Gobierno republicano, como al régimen monárquico de éste y de siglos anteriores, les ha sido difícil evitar la manía incendiaria de iglesias y de conventos, sobre todo cuando se han convertido en fortalezas para ametrallar impunemente al pueblo desde sus torres y campanarios.

Habría que buscar la explicación de este fenómeno en algo que no sea jacobinismo, ya que las masas no accionan generalmente por impulsos teológicos. Y nada tan apropiado como la estadística para encoritrar la clave de acontecimientos sociales al parecer indescifrables. Pues bien, los presupuestos españoles de 1900 a 1931 daban al clero un promedio de 106 millones de pesetas al año, aparte de regalías de ayuntamientos, donaciones particulares, diezmos y primicias. Es de suponer que en el siglo diecinueve las partidas fuesen menores. Y más moderadas—si en esto cabe la moderación—en centurias pretéritas, hasta los albores de la edad media.

Debe advertirse, sin embargo, que aun siendo menor la cantidad, el poder adquisitivo de la moneda era mucho más alto en aquellos días lejanos de nuestros antepasados. Dice al efecto el Padre Zurbitu, en su “Guía Descriptiva de El Escorial”, que tan inmensa fábrica costó seis millones de ducados, equivalentes hoy a 200 millones de pesetas, calculando que el valor adquisitivo de la moneda de Felipe II era doce veces mayor que el de la moneda actual. Y ofrece para demostrar la exactitud de sus cifras, hasta donde es posible hacerlo, una tabla comparativa de precios y de salarios del Padre Agustino Zarco Cuevas.

He credo necesario traer a cuento estos números y estos cálculos, hechos precisamente por religiosos, para llegar a la conclusión de que el dinero entregado a los altos dignatarios de la Iglesia Católica en España, durante un siglo solamente, con el valor de compra de 106 millones de pesetas al año, ha sido de más de DIEZ MIL MILLONES DE LA ACTUAL MONEDA ESPAÑOLA. Estoy haciendo caso omiso de donaciones, de feudos, de tesoros, de toda la fantástica riqueza acumulada por el clero en la edad media, en el renacimiento y en años posteriores hasta el reinado de Fernando VII.

Ahora sí se explica la manía incendiaria, de la cual se pretende acusar a la República. No se trata de jacobinismo del pueblo ni del Gobierno. Es la protesta violenta de la masa explotada contra el poder que la ahoga. Es el siervo que abre los ojos y se rebela contra el amo. Es la lucha de clases. La lucha del oprimido contra el inmenso poder político, social y económico del clero, no pues por razones religiosas, sino por una honda cuestión de infraestructura económica.

Con el bienio negro de Lerroux y de Gil Robles volvieron las vacas gordas al redil de la catedral. Con el triunfo de las izquierdas, en febrero,



no era lógico que siguiese la succión. A la vista tenemos el resultado: guerra a sangre y fuego en defensa de millones, que no de religión alguna. Y unidos en la carnicería militares y aristócratas, que quieren seguir viviendo en el pasado.

Tal es el resumen de esta situación. Guerra contra un pueblo valiente y laborioso, que pedía un pedazo de tierra y un pedazo de pan, para continuar en la ruda faena del campo y de la fábrica. Guerra de los más bajos y groseros apetitos materiales, disfrazados hábilmente para que el mundo tome la codicia por cultura. Guerra de vientres cubiertos con sotanas, con uniformes, con medallas y con cruces.

Pero el pueblo, ante la amenaza de la barbarie, está con las armas en la mano. La reacción espera el auxilio exterior. Como en América, los intereses creados no titubean en solicitar la intervención extranjera. Mas hubo en México un Juárez, producto del pueblo, que venció a los invasores. Y hubo en Nicaragua un Sandino que hizo frente a la nación más poderosa de la tierra, no importa que después lo asesinaran los cómplices del imperialismo.

Así ocurre en países que todavía no han podido liberarse de pequeños hombres, cuya actuación es como la de aquellos pobres reyezuelos herodianos, aquellos ínfimos tetrarcas de los últimos días de Israel. Mendigaban con sus liviandades y abominaciones en las cortes cesáreas de Roma, hasta que sucumbieron en las garras del águila imperial.

Así han de sucumbir los tetrarcas de ahora, en España y en América. No en las garras de ningún imperialismo, sino en la picota que levantan los trabajadores. Porque allá nos iluminan los varones verticales que supieron dar su vida por la libertad. Y acá los milicianos conquistan sus derechos a paso de vencedores.

¡Salud, hombres libres de América y de España!

Madrid, 18 de agosto de 1936.

---



VICENTE SAENZ

---

LIBROS PUBLICADOS:

Traidores y déspotas de Centro América

Cuentos de amor y de tragedia

Cartas a Morazán

Norteamericanización de Centro América

Rompiendo Cadenas

FOLLETOS:

Actitud del Gobierno de Washington  
hacia las repúblicas centroamericanas

Intervención de los Estados Unidos  
en Centro América  
(Inglés y castellano)

El Canal de Nicaragua  
(Inglés y castellano)

España en sus gloriosas jornadas  
de julio y agosto de 1936



LIBROS PUBLICADOS ORIGINALMENTE  
EN EL DIARIO «LA HORA»

«LA CRISIS DEL HUMANISMO»... Abelardo Bonilla  
Imprenta Juan Arias, San José, Costa Rica.

«COTO, RINCÓN DE OLVIDO»... José Marín Cañas  
Imprenta Trejos Hnos., San José, Costa Rica

«EL INFIERNO VERDE» ..... José Marín Cañas  
Editorial Espasa-Calpe S. A., Madrid.

«ESPAÑA EN SUS GLORIOSAS JORNADAS DE JULIO Y AGOSTO DE 1936.. ..... Vicente Sáenz  
Imprenta «La Tribuna». San José, Costa Rica.